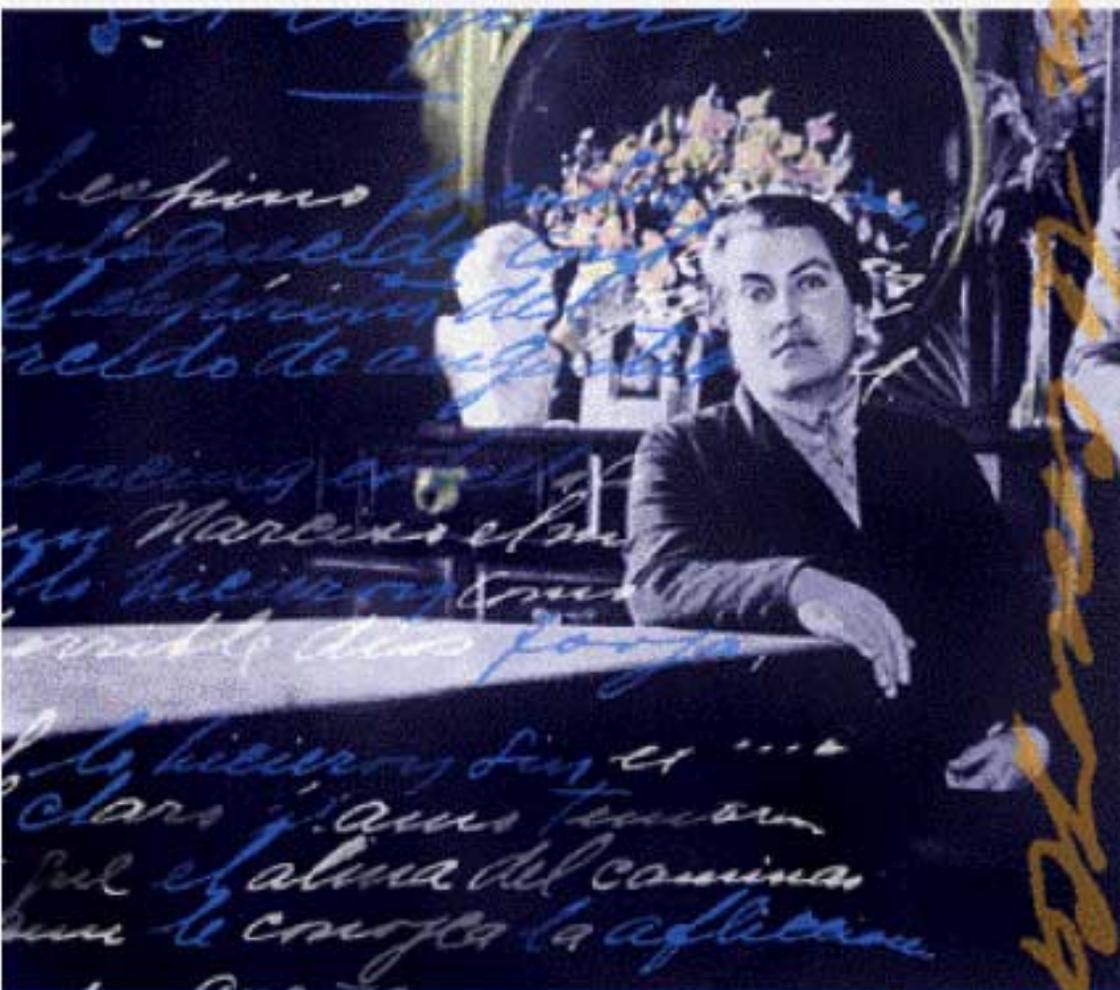


Enseñar encantando





NIVEL DE EDUCACIÓN BÁSICA

División de Educación General
Ministerio de Educación
República de Chile

COORDINACIÓN EDITORIAL

Claudio Muñoz P.
Josefina Muñoz V.

TÍTULO Y SELECCIÓN

Josefina Muñoz V.

DISEÑO

SANTANA
diseño
Nº inscripción: 148. 209

IMPRESIÓN

.....

Julio, 2005

Especiales Agradecimientos a la DIBAM y el Archivo del Escritor por la cesión del material fotográfico.

Edición solo para ser distribuida por el MINEDUC a Escuelas Básicas con motivo de los sesenta años del Premio Nobel de Literatura otorgado a Gabriela Mistral.

ÍNDICE

<i>Dedicatoria</i>	7
<i>Presentación</i>	8
<i>Datos biográficos</i>	12

POESÍA 15

Después de la lluvia	18
La margarita	19
Doña Primavera	20
Manitas	22
Con tal que duermas	23
Los que no danzan	24
La pajita	25
Canción de pescadoras	26
Hallazgo	27
Apegado a mí	28
Rocío	29
¿En dónde tejemos la ronda?	30
Promesa a las estrellas	31
La rata	32
Tres árboles	33
El aire	34
Cima	36
Todas íbamos a ser reinas	37
Nubes blancas	40
Canción amarga	42
Mientras baja la nieve	44
La medianoche	45

Miedo	46
Canción de las muchachas muertas	47
Riqueza	49
Leñador	50
Noche	52
Estrella de Navidad	53
Caperucita Roja	55
Balada	57
La maestra rural	58
Vergüenza	60
Los sonetos de la muerte	61
Regreso	64
PROSA	67
Evocación de la madre	70
El canto	75
Las barcas	76
El higo	78
El sauce	79
El girasol	80
La harina	81
Recado sobre la chinchilla andina	83
La tortuga	85
Lo feo	87
El brasero	88
CUENTO	91
Por qué las rosas tienen espinas	94
La charca	88
La raíz del rosal	100

GABRIELA MAESTRA	103
Contar	106
Pasión de leer	111
¿Qué es una biblioteca?	115
La oración de la maestra	119
Palabras a los maestros	121
Pensamientos pedagógicos	123
El oficio lateral	127
Cómo escribo	133
Los derechos del niño	136
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	140



DEDICAMOS ESTA OBRA A LA MEMORIA DE
MABEL CONDEMARÍN G., EXTRAORDINARIA
MAESTRA Y EDUCADORA, AUTORA DE NUMEROSOS
TEXTOS PARA ADULTOS Y NIÑOS, Y PREMIO
NACIONAL DE EDUCACIÓN 2003. DEDICÓ GRAN
PARTE DE SU VIDA A EJERCER Y PENSAR LA
EDUCACIÓN, ESPECIALMENTE PARA LOS NIÑOS Y
NIÑAS DE LOS SECTORES MÁS DESFAVORECIDOS
DE NUESTRO PAÍS, TAREA QUE VOLCÓ DURANTE
MUCHOS AÑOS, DE MANERA CREATIVA Y
GENEROSA, EN ESCUELAS, INSTITUCIONES Y
UNIVERSIDADES, CULMINANDO SU LABOR EN EL
PROGRAMA DE LAS 900 ESCUELAS DEL
MINISTERIO DE EDUCACIÓN.

PRESENTACIÓN

Hace 60 años Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel de Literatura, siendo hasta hoy la primera y única escritora hispanoamericana a quien se le ha otorgado.

En enero de este año, durante la 69ª Reunión del Consejo Directivo de la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación y la Cultura, la Subsecretaria del Ministerio de Educación, señora María Ariadna Hornkhol, propuso otorgar un merecido reconocimiento a la obra de esta maestra y escritora, teniendo una muy favorable acogida de los países iberoamericanos.

La vasta y original creación poética de Gabriela Mistral, ha sido reconocida y estudiada mundialmente por destacados especialistas chilenos y extranjeros. Su pasión por la educación de niños y niñas de los sectores pobres, que conoció por su labor como maestra en escuelas y liceos de nuestro país, se tradujo tempranamente en textos y artículos que recogen sus visionarios y certeros pensamientos pedagógicos, los que conservan plena validez en la tarea educativa.

Como una manera de sumarse a los homenajes, el Nivel de Educación Básica ha elaborado dos Antologías, una para docentes y otra para estudiantes, las que serán enviadas a 4800 escuelas focalizadas urbanas y rurales, DEPROV y SECREDUC.

Ambas contribuirán a alimentar -en profesores y estudiantes- el “placer de leer”, conociendo una parte de su profunda y original poesía, compartiéndola y trabajándola en cada sala de clases, despertando la imaginación y el reconocimiento de sí mismos en esas palabras antiguas que, como toda gran literatura, suenan siempre contemporáneas al interés del lector.

Los docentes podrán empaparse de sus ideas sobre cómo debe desarrollarse la gran tarea de la “escuela democrática” que siempre soñó, de modo de hacer realidad el que todos aprendan, independientemente de su condición social y económica, para que luego se conviertan en ciudadanos y ciudadanas capaces de contribuir al desarrollo de una sociedad mejor.

Nuestra Gabriela Mistral merece ser leída y releída, ya que siempre será una fuente de profunda inspiración pedagógica y de descubrimiento de la belleza oculta en las raíces de lo que vemos y sentimos.

CARMEN SOTOMAYOR E.
Coordinadora Nacional Nivel Educación Básica



DATOS BIOGRÁFICOS

DATOS BIOGRÁFICOS

Hija de Jerónimo Godoy, profesor primario que ejercía en la escuela de La Unión, actual Pisco Elqui, y de Petronila Alcayaga, modista, nació en Vicuña el 7 de abril de 1889, siendo bautizada como Lucila de María del Perpetuo Socorro.

En 1904, cuando tenía quince años, fue nombrada ayudante en la escuela de Compañía Baja, iniciando su labor como maestra, la que ejercería en numerosas escuelas y liceos del país, en Santiago, Antofagasta, Los Andes.

Sus primeros escritos aparecieron en diarios regionales, como El Coquimbo de La Serena y La Voz de Elqui de Vicuña.

En 1914 obtuvo el primer lugar de los Primeros Juegos Florales organizados por la Sociedad de Artistas y Autores de Chile con sus “Sonetos de la muerte”, bajo el seudónimo de Gabriela Mistral. Desde esos años inició su ininterrumpida obra de creación literaria y pedagógica.

Pedro Aguirre Cerda, Ministro de Instrucción, la nombró profesora de Castellano y Directora del Liceo de Niñas de Punta Arenas, ciudad donde escribió su primer libro de poemas, Desolación, publicado en Estados Unidos. En 1920 fue trasladada a Temuco como Directora del Liceo; allí conoció al estudiante Nefthalí Reyes Basoalto -después Pablo Neruda- a quien facilitó libros, adivinando en él un futuro poeta.

En 1923 el Ministerio de Educación de México la invitó a participar en la reforma educacional y en la organización de bibliotecas populares, recibiendo grandes reconocimientos de dicho país.

Publicó allí *Lecturas para Mujeres*, motivada por su interés en la educación de las mujeres.

Viajó por numerosos países del continente americano y Europa, realizando variadas actividades pedagógicas y dictando conferencias sobre literatura y educación.

En 1932 inició una importante carrera consular en ciudades como Génova, Madrid, Nápoles, Lisboa, Petrópolis y Nueva York. En 1935, bajo la presidencia de Arturo Alessandri Palma, fue nombrada cónsul con carácter vitalicio, cumpliendo siempre destacadas labores culturales.

Su amor a la democracia y el rechazo que le produjo la Guerra Civil española la llevaron a destinar los derechos recaudados por su obra *Tala* (Buenos Aires, 1938) a instituciones que albergaron y protegieron a niños españoles.

Muchas de sus obras aparecieron en diarios y revistas de Santiago y provincia, siendo incluidas en textos escolares. Numerosos estudiosos han rescatado esas y otras obras, las cuales han dado origen a interesantes antologías.

Recibió el Premio Nobel de Literatura en noviembre de 1945 y viajó a Estocolmo para recibirlo de manos del rey Gustavo de Suecia. Continuó desempeñando sus labores consulares en ciudades de Estados Unidos, México y Europa.

Años después, en 1951, obtuvo el Premio Nacional de Literatura de Chile. Regresó a nuestro país en 1954, ocasión en que se organizó un homenaje oficial que buscaba entregarle el reconocimiento que se merecía.

Falleció en Nueva York, el 10 de enero de 1957. Sus restos fueron traídos a Chile posteriormente, cumpliendo así su deseo de volver a la tierra de su infancia. Yace en Montegrande, IV Región, lugar en que se puede visitar su tumba y la escuela-museo donde colaboró con su hermana Emelina en actividades docentes.

Un valioso fondo documental de Gabriela Mistral se encuentra en el Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional de Chile. Contiene manuscritos de prosa y poesía, cuadernos de apuntes, cartas, etc., donados por la escultora chilena Laura Rodig y Doris Dana, amigas de la escritora.

Su obra ha sido traducida a varios idiomas, entre ellos, inglés, francés, alemán, italiano, alemán, sueco, ruso, japonés, árabe.

Entre sus principales obras están: *Sonetos de la Muerte* 1914; *Desolación*, 1922; *Lecturas para Mujeres*, 1923; *Ternura* 1924; *Tala*, 1938; *Antología* 1941; *Lagar*, 1954; *Recados contando a Chile*, 1957; *Poema de Chile*, 1967.

POESIA



DESPUÉS DE LA LLUVIA

Cesó la lluvia de caer. La brisa
orea la humedad de la llanura:
la huella de mi llanto y mi amargura
en mi rostro no borra la sonrisa.

Como si fuera un fardo de dolores,
dejan caer las rosas su rocío.
Y yo le digo al cielo: "El fardo mío
hacer pudiste cual el de esas flores".

El Dios Invierno con su mano artera
luto dio al cielo y al alma mía:
¡ése, lo ha soportado sólo un día,
ella, lo ha de llevar la vida entera!

Diario El Coquimbo, 1908



LA MARGARITA

A Marta Samatán

El cielo de Diciembre es puro
y la fuente mana, divina,
y la hierba llamó temblando
a hacer la ronda en la colina.

Las madres miran desde el valle,
y sobre la alta hierba fina,
ven una inmensa margarita,
que es nuestra ronda en la colina.

Ven una loca margarita
que se levanta y que se inclina,
que se desata y que se anuda,
y que es la ronda en la colina.

En este día abrió una rosa
y perfumó la clavelina,
nació en el valle un corderillo
e hicimos ronda en la colina.

Ternura

DOÑA PRIMAVERA

Doña Primavera
viste que es primor,
viste en limonero
y en naranjo en flor.

Lleva por sandalias
unas anchas hojas
y por caravanas
unas fucsias rojas.

Salid a encontrarla
por esos caminos.
¡Va loca de soles
y loca de trinos!

Doña Primavera,
de aliento fecundo,
se ríe de todas
las penas del mundo.

No cree al que le hable
de las vidas ruines.
¿Cómo va a topirlas
entre sus jazmines?

¿Cómo va a encontrarlas
junto de las fuentes
de espejos dorados
y cantos ardientes?



De la tierra enferma
en las pardas grietas,
enciende rosales
de rojas piruetas.

Pone sus encajes,
prende sus verduras,
en la piedra triste
de las sepulturas.

Doña Primavera
de manos gloriosas,
haz que por la vida
derramemos rosas:

Rosas de alegría,
rosas de perdón,
rosas de cariño
y de exultación.

Ternura



MANITAS

Manitas de los niños,
manitas pedigüeñas,
de los valles del mundo
sois dueñas.

Manitas de los niños
que al grano se tienden,
por vosotros las frutas
se encienden.

Y los panales llenos
de su carga se ofenden.
¡Y los hombres que pasan
no entienden!

Manitas blancas, hechas
como de suave harina,
la espiga por tocaros
se inclina.

Manitas extendidas,
piñón, caracolitos,
bendito quien os colme,
¡bendito!

Benditos los que oyendo
que parecéis un grito,
os devuelven el mundo:
¡benditos!

Ternura



CON TAL QUE DUERMAS

La rosa colorada
cogida ayer;
el fuego y la canela
que llaman clavel;

el pan horneado
de anís con miel,
y el pez de la redoma
que la hace arder:

todito tuyo
hijito de mujer,
con tal que quieras
dormirte de una vez.

La rosa, digo:
digo el clavel.
La fruta, digo,
y digo que la miel;

y el pez de luces
y más y más también,
¡con tal que duermas
hasta el amanecer!

Ternura

LOS QUE NO DANZAN

Una niña que es inválida
dijo: -“¿Cómo danzo yo?”
Le dijimos que pusiera
a danzar su corazón.

Luego dijo la quebrada:
-“¿Cómo cantaré yo?”
Le dijimos que pusiera
a cantar su corazón.

Dijo el pobre cardo muerto:
-“¿Cómo danzaré yo?”
Le dijimos: -“Pon al viento
a volar tu corazón...”.

Dijo Dios desde la altura:
-“¿Cómo bajo del azul?”
Le dijimos que bajara
a danzarnos en la luz.

Todo el valle está danzando
en un corro bajo el sol.
A quien falte se le vuelve
de ceniza el corazón.



Ternura

LA PAJITA

Esta que era una niña de cera;
pero no era una niña de cera,
era una gavilla parada en la era.

Pero no era una gavilla,
sino la flor tiesa de la maravilla.
Tampoco era la flor sino que era
un rayito de sol pegado a la vidriera.

No era un rayito de sol siquiera:
una pajita dentro de mis ojitos era.

¡Alléguese a mirar cómo he perdido entera,
en este lagrimón, mi fiesta verdadera!

Ternura

CANCIÓN DE PESCADORAS

Niñita de pescadores
que con viento y olas puedes,
duerme pintada de conchas,
garabateada de redes.

Duerme encima de la duna
que te alza y que te crece,
oyendo la mar-nodriza
que a más loca mejor mece.

La red me llena la falda
y no me deja tenerte,
porque si rompo los nudos
será que rompo tu suerte.

Duérmete mejor que lo hacen
las que en la cuna se mecen,
la boca llena de sal
y el sueño lleno de peces.

Dos peces en las rodillas,
uno plateado en la frente
y en el pecho, bate y bate,
otro pez incandescente.



Ternura

HALLAZGO

Me encontré a este niño
cuando al campo iba:
dormido lo he hallado
en unas espigas.

O tal vez ha sido
cruzando la viña:
buscando los pámpanos
topé su mejilla.

Y por eso temo,
al quedar dormida,
se evapore como
la helada en las viñas.

Ternura

APEGADO A MÍ

Velloncito de mi carne,
que en mi entraña yo tejí,
velloncito friolento,
¡duérmeme apegado a mí!

La perdiz duerme en el trébol
escuchándole latir:
no te turben mis alientos,
¡duérmeme apegado a mí!

Hierbecita temblorosa
asombrada de vivir,
no te sueltes de mi pecho:
¡duérmeme apegado a mí!

Yo que todo lo he perdido
ahora tiemblo de dormir.
No resbales de mi brazo:
¡duérmeme apegado a mí!

Ternura



ROCÍO

Ésta era una rosa
que abaja el rocío:
éste era mi pecho
con el hijo mío.

Junta sus hojitas
para sostenerlo
y esquivo los vientos
por no desprenderlo.

Porque él ha bajado
desde el cielo inmenso
será que ella tiene
su aliento suspenso.

De dicha se queda
callada, callada:
no hay rosa entre rosas
tan maravillada.

Ésta era una rosa
que abaja el rocío:
éste era mi pecho
con el hijo mío.

Ternura

¿EN DÓNDE TEJEMOS LA RONDA?

¿En dónde tejemos la ronda?
¿La haremos a orillas del mar?
El mar danzará con mil olas
haciendo una trenza de azahar.

¿La haremos al pie de los montes?
El monte nos va a contestar.
¡Será cual si todas quisiesen,
las piedras del mundo, cantar!

¿La haremos, mejor, en el bosque?
La voz y la voz va a trenzar,
y cantos de niños y de aves
se irán en el viento a besar.

¡Haremos la ronda infinita!
¡La iremos al bosque a trenzar,
la haremos al pie de los montes
y en todas las playas del mar!



Ternura

PROMESA A LAS ESTRELLAS

Ojitos de las estrellas,
abiertos en un oscuro
terciopelo: de lo alto,
¿me veis puro?

Ojitos de las estrellas,
prendidos en el sereno
cielo, decid: desde arriba,
¿me veis bueno?

Ojitos de las estrellas,
de pestañitas inquietas,
¿por qué sois azules, rojos
y violetas?

Ojitos de la pupila
curiosa y trasnochadora,
¿por qué os borra con sus rosas
la aurora?

Ojitos, salpicaduras
de lágrimas o rocío,
cuando tembláis allá arriba,
¿es de frío?

Ojitos de las estrellas,
fijo en una y otra os juro
que me habéis de mirar siempre,
siempre puro.

Ternura

LA RATA

Una rata corrió a un venado
y los venados al jaguar,
y los jaguares a los búfalos,
y los búfalos a la mar.

¡Pillen, pillen a los que se van!
¡Pillen a la rata, pillen al venado,
pillen a los búfalos y a la mar!

Miren que la rata de la delantera
se lleva en las patas lana de bordar,
y con la lana bordo mi vestido
y con el vestido me voy a casar.

Suban y pasen la llanada,
corran sin aliento, sigan sin parar,
vuelen por la novia, y por el cortejo,
y por la carroza y el velo nupcial.



Ternura

TRES ÁRBOLES

Tres árboles caídos
quedaron a la orilla del sendero.
El leñador los olvidó, y conversan,
apretados de amor, como tres ciegos.

El sol de ocaso pone
su sangre viva en los hendidos leños,
¡y se llevan los vientos la fragancia
de su costado abierto!

Uno, torcido, tiende
su brazo inmenso y de follaje trémulo
hacia otro, y sus heridas
como dos ojos son, llenos de ruego.

El leñador los olvidó. La noche
vendrá. Estaré con ellos.
Recibiré en mi corazón sus mansas
resinas. Me serán como de fuego.
¡Y mudos y ceñidos,
nos halle el día en un montón de duelo!

Desolación

EL AIRE

A José M. Quiroga Plá

En el llano y la llanada
de salvia y menta salvaje,
encuentro como esperándome
el Aire.

Gira redondo, en un niño
desnudo y voltijeante,
y me toma y arrebatada
por su madre.

Mis costados coge enteros,
por cosa de su donaire,
y mis ropas entregadas
por casales.

Silba en áspid de las ramas
o me empina los matorrales;
o me para los alientos
como un Ángel.

Pasa y repasa en helechos
y pechugas inefables,
que son gaviotas y aletas
de Aire.

Lo tomo en una brazada;
cazo y pesco, palpitante,
ciega de plumas y anguilas
del Aire.



A lo que hiero no hiero,
o lo tomo sin lograrlo,
aventándome y cazándome
burlas de Aire.

Cuando camino de vuelta,
por encinas y pinares,
todavía me persigue
el Aire.

Entro en mi casa de piedra
con los cabellos jadeantes,
ebrios, ajenos y duros
del Aire.

En la almohada, revueltos,
no saben apaciguarse,
y es cosa, para dormirme,
de atarles.

Hasta que él allá se cansa
como un albatros gigante,
o una vela que rasgaron
parte a parte.

Al amanecer, me duermo
-cuando mis cabellos caen-
como la madre del hijo,
rota del Aire.

Tala

CIMA

La hora de la tarde, la que pone
su sangre en las montañas.

Alguien en esta hora está sufriendo;
una pierde, angustiada,
en este atardecer el solo pecho
contra el cual estrechaba.

Hay algún corazón en donde moja
la tarde aquella cima ensangrentada.

El valle ya está en sombra
y se llena de calma.
Pero mira de lo hondo que se enciende
de rojez la montaña.

Yo me pongo a cantar siempre a esta hora
mi invariable canción atribulada.
¿Seré yo la que baño
la cumbre de escarlata?

Llevo a mi corazón la mano, y siento
que mi costado mana.



Desolación

TODAS ÍBAMOS A SER REINAS

Todas íbamos a ser reinas,
de cuatro reinos sobre el mar:
Rosalía con Efigenia
y Lucila con Soledad.

En el Valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden en rojo y azafrán.

Lo decíamos embriagadas,
y lo tuvimos por verdad,
que seríamos todas reinas
y llegaríamos al mar.

Con las trenzas de los siete años,
y batas claras de percal,
persiguiendo tordos huidos
en la sombra del higueral.

De los cuatro reinos, decíamos,
indudables como el Korán,
que por grandes y por cabales
alcanzarían hasta el mar.

Cuatro esposos desposarían,
por el tiempo de desposar,
y eran reyes y cantadores
como David, rey de Judá.

Y de ser grandes nuestros reinos,
ellos tendrían, sin faltar,
mares verdes, mares de algas,
y el ave loca del faisán.

Y de tener todos los frutos,
árbol de leche, árbol del pan,
el guayacán no cortaríamos
ni morderíamos metal.

Todas íbamos a ser reinas,
y de verídico reinar;
pero ninguna ha sido reina
ni en Arauco ni en Copán.
Rosalía besó marino
ya desposado con el mar,
y al besador, en las Guaitecas,
se lo comió la tempestad.

Soledad crió siete hermanos
y su sangre dejó en su pan,
y sus ojos quedaron negros
de no haber visto nunca el mar.

En las viñas de Montegrande,
con su puro seno candeal,
mece los hijos de otras reinas
y los suyos no mecerá.

Efigenia cruzó extranjero
en las rutas, y sin hablar,
le siguió, sin saberle nombre,
porque el hombre parece el mar.



Y Lucila, que hablaba a río,
a montaña y cañaveral,
en las lunas de la locura
recibió reino de verdad.

En las nubes contó diez hijos
y en los salares su reinar,
en los ríos ha visto esposos
y su manto en la tempestad.

Pero el valle de Elqui, donde
son cien montañas o son más,
cantan las otras que vinieron
y las que vienen cantarán:

-“En la tierra seremos reinas,
y de verídico reinar,
y siendo grandes nuestros reinos,
llegaremos todas al mar”.

NUBES BLANCAS

Ovejas blancas, dulces ovejas de vellones
que subieron del mar,
asomáis en mujeres los gestos preguntones
antes de remontar.

Se diría que el cielo o el tiempo consultaseis
con ingenuo temor,
o que, para avanzar, un mandato esperaseis.
¿Es que tenéis pastor?

-Sí que tenemos un pastor:
el viento errante es él.
Y una vez los vellones nos trata con amor,
y con furia otra vez.

Y ya nos manda al norte o ya nos manda al sur.
Él manda y hay que ir...
Pero por las praderas del infinito azur,
él sabe conducir.

-Ovejas del vellón nevado,
¿tenéis dueño y señor?
Y si me confiara un día su ganado
¿me tomaríais por pastor?

Claro es que la manada bella
su dueño tiene como allá.
Detrás del último aire y la última estrella,
pastor, dicen que está.



Párate en los pastales, no corras por tu daño,
Abel pastoreador.
¡Se mueren tus ovejas, te quedas, sin rebaño,
Pastor loco, Pastor!

Ternura

CANCIÓN AMARGA

¡Ay! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!

Este verde campo es tuyo.
¿De quién más podría ser?
Las oleadas de la alfalfa
para ti se han de mecer.

Este valle es todo tuyo.
¿De quién más podría ser?
Para que los disfrutemos
los pomares se hacen miel.

(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas
como el Niño de Belén
y que el seno de tu madre
se secó de padecer!)

El cordero está espesando
el vellón que he de tejer,
y son tuyas las majadas.
¿De quién más podrían ser?

Y la leche del establo
que en la ubre ha de correr,
y el manajo de las mieses
¿de quién más podría ser?



(¡Ay! ¡No es cierto que tiritas
como el Niño de Belén
y que el seno de tu madre
se secó de padecer!)

¡Sí! ¡Juguemos, hijo mío,
a la reina con el rey!

Ternura

MIENTRAS BAJA LA NIEVE

Ha bajado la nieve, divina criatura,
el valle a conocer.

Ha bajado la nieve, mejor que las estrellas.
¡Mirémosla caer!

Viene calla-callando, cae y cae a las puertas
y llama sin llamar.

Así llega la Virgen, y así llegan los sueños.
¡Mirémosla llegar!

Ella deshace el nido grande que está en los cielos
y ella lo hace volar.

Plumas caen al valle, plumas a la llanada,
plumas al olivar.

Tal vez rompió, cayendo y cayendo, el mensaje
de Dios Nuestro Señor.

Tal vez era su manto, tal vez era su imagen,
tal vez no más su amor.



Ternura

LA MEDIANOCHE

Fina, la medianoche.
Oigo los nudos del rosal:
la savia empuja subiendo a la rosa.

Oigo
las rayas quemadas del tigre
real: no le dejan dormir.

Oigo
la estrofa de uno,
y le crece en la noche
como la duna.

Oigo
a mi madre dormida
con dos alientos.
(Duermo yo en ella,
de cinco años).

Oigo el Ródano
que baja y que me lleva como un padre,
ciego de espuma ciega.

Y después ya no oigo
sino que voy cayendo
en los muros de Arlès
llenos de sol.

Tala

MIEDO

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;
se hunde volando en el Cielo
y no baja hasta mi estera;
 en el alero hace nido
y mis manos no la peinan.
Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
 Con zapatitos de oro,
¿cómo juega en las praderas?
 Y cuando llegue la noche
 a mi lado no se acuesta.
Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
 La subirían al trono
a donde mis pies no llegan.
 Cuando viniese la noche
 yo no podría mecerla.

¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina!

Ternura



CANCIÓN DE LAS MUCHACHAS MUERTAS

Recuerdo de mi sobrina Graciela

¿Y las pobres muchachas muertas,
escamoteadas en abril,
las que asomáronse y hundiéronse
como en las olas el delfín?

¿A dónde fueron y se hallan
encucilladas por reír,
agazapadas esperando
voz de un amante que seguir?

¿Borrándose como dibujos
que Dios no quiso reteñir
o anegadas poquito a poco
como en sus fuentes un jardín?

A veces quieren en las aguas
ir componiendo su perfil,
y en las carnudas rosas-rosas
casi consiguen sonreír.

En los pastales acomodan
su talle y busto de ceñir
y casi logran que una nube
les preste cuerpo por ardid;

Casi se juntan las deshechas;
casi llegan al sol feliz;
casi rompen la nuez del suelo
y van llegándose hasta mí;

Casi deshacen su traición
y caminan hacia el redil.
¡Y casi vemos en la tarde
el divino millón venir!



Tala

RIQUEZA

Tengo la dicha fiel
y la dicha perdida:
la una como rosa,
la otra como espina.
De lo que me robaron
no fui desposeída:
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida,
y estoy rica de púrpura
y de melancolía.
¡Ay, qué amante es la rosa
y qué amada la espina!
Como el doble contorno
de dos frutas mellizas,
tengo la dicha fiel
y la dicha perdida.

Tala

LEÑADOR

Quedó sobre las hierbas
el leñador cansado,
dormido en el aroma
del pino de su hachazo.
Tienen sus pies majadas
las hierbas que pasaron.
Le canta el dorso de oro
y le sueñan las manos.
Veo su umbral de piedra,
su mujer y su campo.
Las cosas de su amor
caminan su costado,
y las que nunca tuvo
le hacen como más casto,
y el muy dormido, duerme
sin nombre, como un árbol.

El mediodía punza
lo mismo que venablo.
Con una rama fresca
la cara le repaso.
Se viene de él a mí
su día como un canto
y mi día le doy
como pino cortado.



Regresando, a la noche,
por ceguedad del llano,
oigo gritar mujeres
al hombre retardado;
y cae a mis espaldas
y tengo en cuatro dardos
nombre del que guardé
con mi sangre y mi hálito.

Tala

NOCHE

Las montañas se deshacen,
el ganado se ha perdido;
el sol regresa a su fragua:
todo el mundo se va huido.

Se va borrando la huerta,
la granja se ha sumergido
y mi cordillera sume
su cumbre y su grito vivo.

Las criaturas resbalan
de soslayo hacia el olvido,
y también los dos rodamos
hacia la noche, mi niño.

Lagar



ESTRELLA DE NAVIDAD

La niña que va corriendo
atrapó y lleva una estrella.
Va que vuela y va doblando
matas y bestias que encuentra.

Ya se le queman las manos
se cansa, trastabillea,
tropieza, cae de bruces,
y con ella se endereza.

No se le queman las manos
ni se le rompe la estrella
aunque ardan desde la cara
brazos, pecho, cabellera.

Llamea hasta la cintura
la gritan y no la suelta,
manotea sancochada,
pero no suelta la estrella.

Como que la va sembrando
que la zumba y la vuela.
Como que se le deshace
y se queda sin estrella.

No fue que cayó, no fue.
Era que quedó sin ella
y es que ya corre sin cuerpo,
trocada y vuelta centella.

Como que el camino enciende
y que nos arden las trenzas
y todos la recibimos
porque arde toda la Tierra.



Lagar

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo sufre de extraño mal.

Caperucita Roja, la de los rizos rubios,
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz.
Sale al paso Maese Lobo, de ojos diabólicos.
-“Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas”.

Caperucita es cándida como los lirios blancos.
-“Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que se derrama en jugo.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive en la entrada de él”.

Ya ahora, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas
que la hacen olvidarse del viaje del Traidor.

El Lobo fabuloso de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida puerta de la abuelita,
que le abre. (A la niña ha anunciado el Traidor).

Ha tres días la bestia no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a defender!
... Se la comió riendo toda y pausadamente
y se puso en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.

De la arrugada cama dice el Lobo –“¿Quién va?”
La voz es ronca. –“Pero la abuelita está enferma”,
la niña ingenua explica. –“De parte de mamá”.

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas.
Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor.
–“Deja los pastelitos; ven a entibiarme el lecho”.
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas monstruosas.
–“¿Por qué tan largas?”, dice la niña con candor.
Y el velludo engañoso, abrazando a la niña:
–“¿Para qué son tan largas? Para oírte mejor”.
El cuerpecito tierno le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
–“Abuelita, decidme: ¿Por qué esos grandes ojos?”
–“Corazoncito mío, para mirarte bien...”

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
–“Abuelita, decidme: ¿Por qué esos grandes dientes?”
–“Corazoncito, para devorarte mejor...”

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón.



Ternura

BALADA

Él pasó con otra;
yo le vi pasar.
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
le vieron pasar!

Él va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino;
pasa una canción.
¡Y él va amando a otra
por la tierra en flor!

Él besó a la otra
a orillas del mar;
resbaló en las olas
la luna de azahar.
¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!

Él irá con otra
por la eternidad.
Habrán cielos dulces.
(Dios quiere callar)
¡Y él irá con otra
por la eternidad!

Desolación

LA MAESTRA RURAL

A Federico de Onís

La Maestra era pura. “Los suaves hortelanos”,
decía, “de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claros sus óleos, para dar clara luz”.

La Maestra era pobre. Su reino no es humano.
(Así en el doloroso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
¡y era todo su espíritu un inmenso joyel!

La Maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida!
Su sonrisa fue un modo de llorar con bondad.
Por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa, la insigne flor de su santidad.

¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres el dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso
¡más anchas le dejaron las cuencas del amor!

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, nunca viste el fulgor
del lucero cautivo que en sus carnes ardía;
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
¡y en el solar de tu hijo, de ella hay más que de ti!



Pasó por él su fina, su delicada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Daba sombra por una selva su encina hendida
el día en que la muerte la convidó a partir.
Pensando en que su madre la esperaba dormida,
a La de Ojos Profundos se dio sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín de luna;
almohada de sus sienes, una constelación;
canta el Padre para ella sus canciones de cuna
¡y la paz llueve largo sobre su corazón!

Como un henchido vaso, traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad;
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.

Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear.
¡Y el cuidador de tumbas, cómo aroma, me cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar!

Desolación

VERGÜENZA

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la hierba a que bajó el rocío,
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando baje al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano,
en el fulgor que da a mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano.

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana al descender al río
la que besaste llevará hermosura!



Desolación

LOS SONETOS DE LA MUERTE *

I

Del nicho helado en que los hombres te pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna,
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

** Obra premiada en los Juegos florales de 1914.*

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir.

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el porqué no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir.



III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor: -"Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor".

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

Desolación

REGRESO

Ya me voy porque me llama
un silbo que es de mi Dueño,
llama con una inefable
punzada de rayo recto:
dulce-agudo es el llamado
que al partir le conocemos.

Yo bajé para salvar
a mi niño atacameño
y por andarme la Gea
que me crió contra el pecho
y acordarme, volteándola,
su trinidad de elementos.
Sentí el aire, palpé el agua
y la Tierra. Y ya regreso.

El ciervo y el viento van
a llevarte como arrieros,
como flechas apuntadas,
rápido, íntegro, ileso,
indiecito de Atacama,
más sabes que el blanco ciego,
y hasta dormido te llevan
tus pies de quechua andariego,
el Espíritu del aire,
el del metal, el del viento,
la Tierra Mama, el pedrisco,
el duende de los viñedos,
la viuda de las cañadas
y la amistad de los muertos.

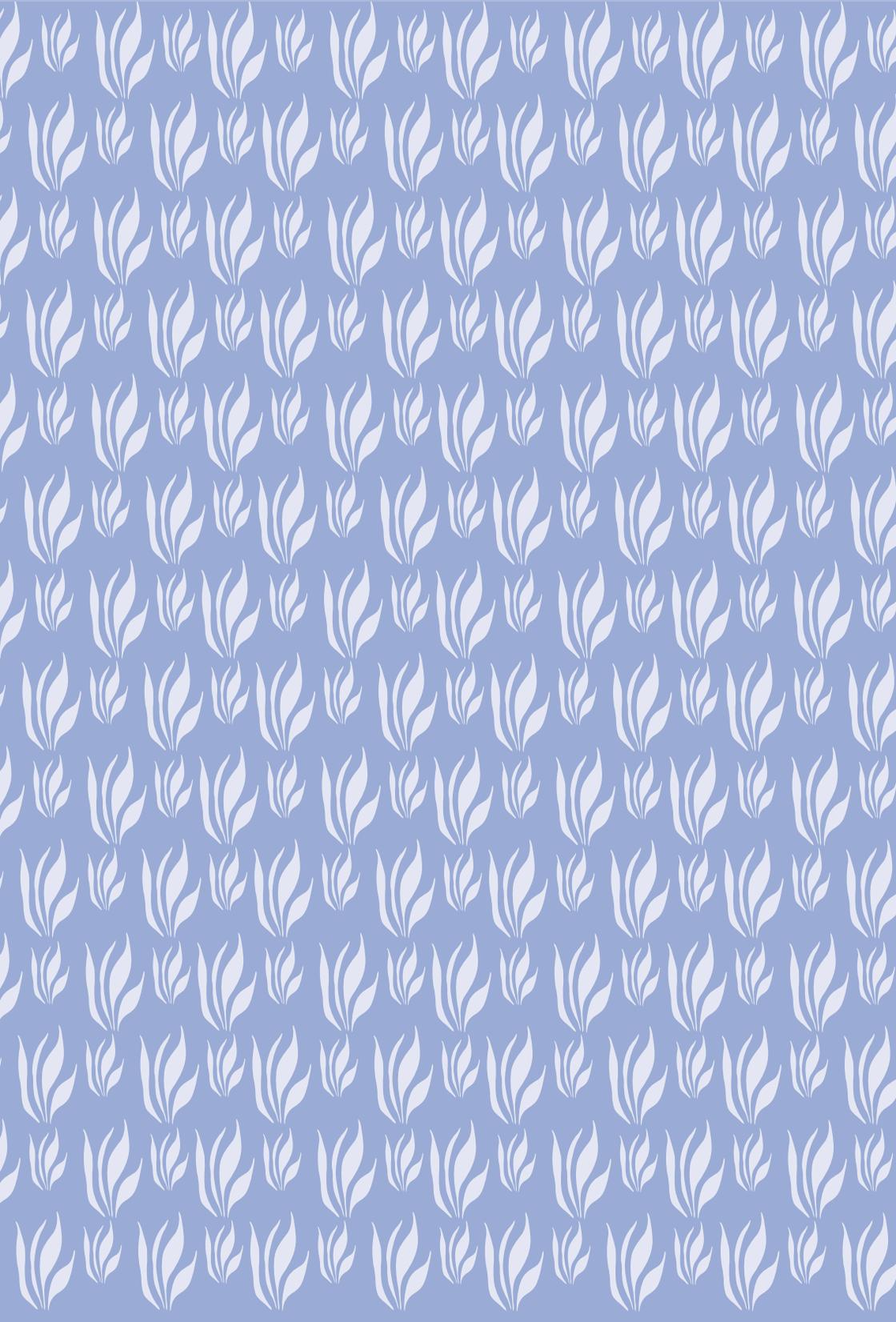


Te ayudé a saltar las zanjas
y a esquivar hondones hueros.

Ya me llama el que es mi Dueño.

Poema de Chile





PROSA





EVOCACIÓN DE LA MADRE

Madre, en el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre más rica me regabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo tierra. Mis sentidos son tuyos, y con este como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en mí y se enreda a mi corazón.

Madre, yo he crecido como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas profundas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha borrado; y tanto se habituaron a mecirme, que cuando yo corría por los caminos, ellas estaban allí, en el corredor de la casa, tristes de no sentir mi peso.

No hay ritmos más suaves entre los cien ritmos derramados por el primer músico, que ese de tu mecedura, madre, y las cosas plácidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus rodillas.

Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras juguetonas, pretextos para tus mimos. En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia tan extraña en la que la habían puesto a existir, y así yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que yo no aprendiera de ti. Las maestras que vinieron después sólo usaron de las visiones y de los nombres hermosos que tú me habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme: una hierbabuena del huerto, una piedrecita de color, y yo

palpaba en ellas la amistad de las criaturas. Tú, a veces, me comprabas, y otras me hacías los juguetes: una muñeca de ojos muy grandes como los míos, una casita que se desbarataba a poca costa. Pero los juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas; el más lindo para mí era tu propio cuerpo.

Jugaba con tus cabellos como con hilos de agua escurridizos, con tu barbilla redonda, con tus dedos, que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo el espectáculo del mundo. Con curiosidad miraba tu parpadear rápido y el juego de la luz que se hacía dentro de tus ojos verdes, y aquello tan extraño que solía pasar sobre tu cara cuando eras desgraciada, madre.

Sí, todito mi mundo era tu semblante; tu frente como un llano con rastrojo dorado; tus mejillas como la loma color de miel, y los surcos que la pena cavaba hacia los extremos de tu boca, eran dos pequeños vallecitos tiernos. Aprendí los colores y las formas mirando tu cabeza: el color de la última tarde estaba en tu cabellera; el temblor de las hierbecitas en tus pestañas y el tallo de las plantas en tu cuello, que, al doblarse hacia mí, hacía un pliegue lleno de intimidad.

Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, apegadita a ti cual si fuera un pliegue grande de tu falda, salí a conocer tu valle y mi valle dulcísimo.

Los padres están demasiado llenos de afanes para que puedan llevarnos de la mano por un camino o subirnos las cuestas. Por esto es que siempre somos más hijos de la madre, con la cual seguimos ceñidos, como la almendra lo está de su vainita cerrada. Y el cielo más amado por nosotros no es aquél de las estrellas líquidas y frías, sino el otro de los ojos vuestros, tan próximo que se puede besar sobre su mismo llanto.

El padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su





día. Sólo vemos que por las tardes vuelve y suele dejarnos en la mesa una parvita de frutos dorados y rojos y vemos que os entrega a vosotras para el ropero familiar los lienzos y las franelas con que nos vestís. Pero la que monda los frutos y los corta en gajitos para la boca del niño y los exprime en la siesta calurosa eres tú, madre. Y la que corta la franela y el lienzo en piececitas y las vuelve un traje amoroso que se pega bien a los costados friolentos del niño, eres tú, madre pobre, la tiernísima.

Ya el niño junta palabritas como vidrios de colores. Entonces tú nos pones una oración leve en medio de la lengua y allí se nos queda, viva, hasta el último día. Esta oración es tan sencilla como la espadaña del lirio y espiga así, temblorosa, hacia los ojos del Señor. Con ella, ¡tan breve!, pedimos todo lo que se necesita para vivir con suavidad y transparencia sobre la costra llagada del mundo; se pide el pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor.

Y de este modo la que nos mostró la tierra como un lienzo extendido lleno de formas y colores, nos hace conocer también al Dios escondido detrás de las formas.

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los grillos oscuros cuando es de día, como es el lagarto verde, bebedor del sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre, cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando sola con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño arrobado. Ahora está hablando así también contigo, que no le contestas, y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: “-Hija, tú tienes fiebre”.

Todos los que vienen después de ti en la vida, madre, enseñan “sobre” lo que tú enseñaste y dicen con muchas palabras cosas que tú decías con poquitas; cansan nuestros oídos y nos matan el gozo de escuchar.

Se aprendían las cosas con más levedad estando tu niñita bien acomodada sobre tu pecho. Tú ponías la enseñanza sobre ésa como cera dorada del cariño; no hablabas por obligación y así no te apresurabas, sino por necesidad de derramarte hacia tu hijita. Y nunca le pediste que estuviese quieta y tiesa en una banca dura, oyéndote. Mientras te oía, jugaba con la vuelta de tu blusa o con el botón de concha de perla de tus mangas. Y éste es el único aprender deleitoso que yo he conocido, madre.

Después yo he sido una joven y después una mujer. He caminado sola, sin el arrimo de tu cuerpo, y he sabido que eso que llaman la libertad es una cosa sin belleza. He visto mi sombra caer sobre los campos sin la tuya, chiquitita, al lado, y era fea y triste. También he hablado sin necesitar de tu ayuda y yo hubiera querido que, como antes, en cada frase mía estuvieran tus palabras ayudadoras, para que lo que iba diciendo fuese como una guirnalda hecha por las dos.

He hablado entre la muchedumbre de las gentes y después he sentido el descontento de cuanto dije viendo que la sencillez de tu hablar se ha quebrado en mí, tal vez por vanidad, tal vez por el necio deseo de dar cosas intensas a los hombres endurecidos que para sentir necesitan del fuerte aletazo del buitre.

De las enseñanzas que me diste, una se adentró muy hondo: la de devolver. Así, madre, yo he hecho las canciones de cuna tuyas y ninguna otra cosa más quisiera hacer. En la mitad de la vida he venido a saber que todos los hombres son desgraciados y necesitan siempre una canción de cuna para que apacigüe su corazón.

De todo lo inútilmente pensado, de todo lo hinchadamente dicho, olvídate tú, no lo mires y recíbeme sólo esas canciones.

Ahora yo te hablo con los ojos cerrados, olvidándome de dónde me hallo, para no saber que estoy tan lejos; con los ojos apretados por no mirar que hay un mar tan ancho entre tu pecho y mi semblante. Te



converso cual si estuviera tocando tus vestidos y tengo las manos un poco extendidas y entreabiertas para creer que la tuya está cogida. Como te dije, llevo el préstamo de tu carne, hablo con los labios que me hiciste y miro con tus ojos las tierras extrañas. Tú ves por ellos también las frutas del trópico, la piña grávida y exhalante y la naranja de luz; tú gozas con mis pupilas el contorno de estas otras montañas, agudas como joyas, tan distintas de la montaña desollada y roja bajo la cual me criaste; tú escuchas por mis oídos el habla de estas gentes que tienen el acento más dulce que el nuestro, y las comprendes y las amas; y también te laceras en mí cuando la nostalgia en algún momento es como una quemadura y se me quedan los ojos abiertos y sin ver sobre el paisaje mexicano.

Gracias en este día, y en todos los días, por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra, como un agua que se recoge con los labios y también por la riqueza de dolor que puedo llevar sin morir en la hondura de mi corazón.

Para creer que me oyes, he bajado los párpados y arrojé de mí la mañana, pensando que a esta hora tú tienes la tarde sobre ti. Y para decirte todo lo demás que se quiebra en las palabras sin tersura, voy quedándome en silencio.

1923

En Quezada, J. Antología de poesía y prosa de G. Mistral

EL CANTO

Una mujer está cantando en el valle. La sombra que llega la borra; pero su canción la yergue sobre el campo.

Su corazón está hendido, como su vaso que se trizó esta tarde en las guijas del arroyo. Mas ella canta; por la escondida llaga se aguza pasando la hebra del canto, se hace delgada y firme. En una modulación la voz se moja de sangre.

En el campo ya callan por la muerte cotidiana las demás voces, y se apagó hace un instante el canto del pájaro más rezagado.

Y su corazón sin muerte, su corazón vivo de dolor, ardiente de dolor, recoge las voces que callan en su voz, aguda ahora, pero siempre dulce.

¿Canta para un esposo que la mira calladamente en el atardecer, o para un niño al que su canto endulza? ¿O cantará para su propio corazón, más desvalido que un niño solo al anochecer?

La noche que viene se materniza por esa canción que sale a su encuentro; las estrellas se van abriendo con humana dulzura: el cielo estrellado se humaniza y entiende el dolor de la Tierra.

El canto puro como un agua con luz, limpia el llano, lava la atmósfera del día innoble en el que los hombres se odiaron. De la garganta de la mujer, que sigue cantando, se exhala y sube el día, ennoblecido, hacia las estrellas.





LAS BARCAS

Los hombres hicieron las barcas; pero ellas cobraron alma al tocar el mar, y se han liberado de los hombres.

Si un día los marineros no quisieran navegar más, ellas romperían sus amarras y se irían, salvajes y felices.

Los marineros creen llevarlas, mas son ellas quienes los rigen. Los incitan cuando se adormecen en las costas, hasta que ellos saltan a los puentes.

Si arriban a las costas, es por recoger frutos: las piñas, los dátiles, las bananas de oro. El mar, amante imperioso, les pide la fragancia de la tierra, que las olas aspiran, irguiéndose.

Desde que las barcas tocaron agua viva, tienen alma salvaje. Engañan a los pilotos con que siguen su camino. Van por la zona verde, donde el mar se endurece de tritones y choca como muchos escudos.

Nunca saben los pilotos el día preciso de los puertos; consultan siempre algún error en los cálculos, y este error es el juego de las barcas con las sirenas.

Tienen las barcas cabelleras de jarcias, pecho de velamen duro, y caderas de leños amargos. Sus pies van bajo el agua como los de las danzadoras de largas túnicas.

Llevaron a los descubridores. Mientras ellos dormían, las barcas burlaron sus sendas.

Porque se hacen signos secretos con las islas desconocidas, y las penínsulas las llaman alargándose como un grito.

No van llevando a los hombres a vender sus paños; se echaron al mar para existir libres sobre él.

Si un día los hombres no quieren navegar más, ellas se irán solas por los mares, y los marineros, desde las playas, gritarán de asombro al saber que nunca fueron pilotos. Que, como las sirenas, ellas son hijas de la voluntad del mar.

1927

En Calderón, A. Prosa de Gabriela Mistral



EL HIGO

Tocadme: es la suavidad del buen satín, y cuando me abrís, qué rosa inesperado. ¿No te acuerdas de algún manto negro de rey que debajo ardía de rojo?

Florezco hacia adentro para gozarme en una mirada, a mí mismo, siquiera una semana.

Después el satín se abre generosamente en un gran pliegue de larga risa congoleza.

Los poetas no han sabido ni el color de la noche ni el del higo de Palestina. Ambos somos el mayor azul, un azul apasionado que, de su pasión, se adensa.

Si derramo mis flores apretadas en tu mano, te hago una pradera enana y te cubro con ella hasta los pies... No, las dejo atadas, y me dan el hormigueo de estambres que también se siente la rosa en reposo.

Yo soy también una pasta de rosas de Sarón, magulladas.

Deja que haga mi elogio: los griegos se alimentaban de mí y me han alabado menos que a Juno que no les dio nada.

1926

En Scarpa, R. E. Elogio de las cosas de la tierra

EL SAUCE

Eso de que tengo una gran pesadumbre, es una ocurrencia de las gentes sentimentales. El álamo busca el cielo y yo el agua. Me gusta esa cosa viva que se desliza como un ángel sobre su vestidura larga y que en los estanques tiene el pecho tibio.

He bajado mis ramas por ella y con la punta de mis dedos la conozco y la oigo.

Os pido que no me cortéis el ramaje a ras del agua: es como si os bajarán el semblante que estabais besando.

La palmera goza el aire con sus brazos abiertos y dichosos; yo me deleito en el agua. Pasa, pasa, y está allí siempre.

Tiene un hijo mío sumido en ella, otro sauce más sombrío que no sé dónde acaba. Ahí está, se mueve con una suave pesadez y se llena en momentos de luces moradas.

Bájame más, un poco más para verlo bien. Me sobra la cabeza y la atmósfera también está de más. Bien tendido sobre el canal como las hierbas, mejilla contra mejilla como se están las ninfas, yo sería más dichoso.

1926
En Scarpa, R. E. Elogio de las cosas de la tierra



EL GIRASOL

“Ya sé que es el de arriba. Pero las hierbas enanas no lo ven y creen que soy yo quien las calienta y les da la lamedura de la tarde”.

Yo -ya veis que mi tallo es duro- no les he contestado ni con una inclinación de cabeza.

Nada de engaño mío, pero las dejo engañarse porque nunca alcanzarían a aquel que, por otra parte, las quemaría, y a mí en cambio hasta me tocan los pies.

Es bastante esclavitud hacer el sol. Este volverse al Oriente y al ocaso y estar terriblemente atento a la posición de aquél, cansa mi nuca, que no es ágil.

Ellas, las hierbas, siguen cantando allá abajo:

“El sol tiene cuatrocientas hojas de oro, un gran disco oscuro al centro y un tallo soberano”.

Las oigo; pero no les doy la señal de afirmación con mi cabeza. Me callo; pero sé, para mí, que es el de arriba”.

1932

En Scarpa, R. E. Elogio de las cosas de la tierra

LA HARINA

La harina es luminosa, suave y grávida.

La harina clara del arroz, que cruje como la buena seda; la que llaman almidón, fresca como agua de nieve y que alivia la quemadura. La harina resbaladiza como la plata, de la patata pobre. ¡Las muy suaves harinas!

La harina grave, que hace la pesadumbre de la espiga del arroz o del centeno, tan grave como la tierra, tierra ella misma que podría hacer caminos lácteos para criaturas sin pecado original.

La harina suave, que resbala con más silencio que el agua y puede caer sobre un niño desnudo y no lo despierta.

La harina es clara, suave y grávida.

La harina materna, hermana verdadera de la leche, casi mujer, madre burguesa con cofia blanca y pecho grande, sentada en un umbral con sol: la que hace la carne de los niños. Ella es bien mujer, tan mujer como la goma y la tiza: ella entiende una canción de cuna, si se la cantáis, y entiende en todas las cosas de mujer.

Y si la dejáis solita con el mundo, ella lo alimentará con su pecho redondo.

Ella puede también hacerse una sola montaña de leche, una montaña lisa por donde los niños rueden y rueden.





Harina-madre y también niña eterna, mecida en el arrozal de pliegues grandes, hijita con la que los vientos juegan sin verla, tocándole el rostro sin conocersele.

La clara harina. Se la puede espolvorear sobre la pobre tierra envejecida y negra, y ella le dará unos campos grandes de margaritas o la decorará como la helada.

La harina es clara, suave y grávida.

Si caminara, nadie le oiría los pies de algodón, que se sumen, de pesados, en la tierra; si quisiera bailar, se le caerían los brazos graves; si cantara, el canto se le apagaría en la gruesa garganta. Pero no camina, ni baila, ni canta. Si quiere tener nombre, hay que hacerle nombre con tres B o tres M blandas.



1926

En Scarpa, R. E. Elogio de las cosas de la tierra

RECADO SOBRE LA CHINCHILLA ANDINA

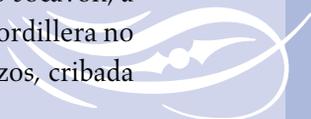
CÓMO ES

La cabezuda desconcierta con las orejas anchas, escandalosamente paradas sobre bicho tan menudo; la cola le responde con mayor escándalo y ambas se llevan la mitad del cuerpecillo ¡de veinte onzas!

La cola es fantasía, pero las orejas, ellas sí son necesidad. Su género roedor todo él vive espiondo, porque necesita oír. La chinchilla parece decirse: “A menos fuerza, más ver y más sentir”... Sin embargo, la chispa azulenca de la cordillera tiene en torno menos hervor de ruidos que su prima hermana la ardilla, la cual oye en torno el bosque tropical, claveteado noche y día de rumores que no le dejan descanso. Pero el bosque esconde bien a su ardilla en la conjuración de los follajes, y al revés de eso la cordillera confiesa a la chinchilla corredora.

La orejuda salta del escondrijo y husmea; corre y para, se arriesga y se devuelve. En las alturas donde se le ocurrió nacer, hay cosa peor que la algazara de la selva: hay el diablo suelto de los ventarrones; hay los rapaces del aire, que bajan al primer atisbo favorable; hay los carniceros que han probado la carnecilla de faisán, y en las aguadas suele estar la escopeta de Juan Mator... Pero la perseguida burla a los cuatro a destrezas y a mañas; ¡listísima criolla!

No siempre se da el trabajo de hacerse madriguera o socavón; a veces toma por suyo cualquier quebra de roca. A la cordillera no le faltan bolsillos y hendijas: la maciza está, a pedazos, cribada





como las coladeras y otras veces le bastan a la bien forrada unas cuantas piedras sueltas y juntas para escondrijo. Cuenta con los suyos, pues son sociables de ser querendonas; al arrimo de unos terrones hierven en un montón de ojos y de orejas peludas. Contra el frío un vellón más caliente que el hálito; contra el cerro agrio, un costado mullido de sí mismo. Pero cuando ella logra la madriguera propia a puro cavar, entonces aquello se vuelve el escondrijo que decía el profeta: "A la entrada paran el viento y los miedos de la noche".



Recados contando a Chile

LA TORTUGA

Los tontos la ponen en cada discurso sobre el progreso para ofender las lindas lentitudes.

Ella ha vivido cuarenta años en este patio cuadrado, que tiene solamente un jazmín y un pilón de agua que está ciego. No conoce más de este mundo de Dios que recorren los salmones en ocho días...

Han echado en su sitio una arena pulida y ella la palpa y palpa con el pecho. La arena cruje dulcemente y resbala como un agua lenta.

Ella camina desde la arenilla hacia un cuadro de hierba menuda que le es familiar como la arena, y estas dos criaturas, arena y hierba rasada, se le ocurren dos dioses dulces.

Bebe sin rumor en el charco. Mira el cielo caído al agua y el cielo le parece quieto como ella. Oye el viento en el jazmín. Caen unas hojas amarillas, que le tocan la espalda y se le entra una cosa fría por lo bajo de la caparazón. Se recoge entonces.

Una mano vieja le trae alimento; otra nuevecita tañe en la caparazón con piedrecillas... La mano cuerda aparta entonces a la loca.

Brilla mucho la arena a cierta hora y el agua resplandece. Después el suelo es de su color y ella entonces se adormece. La parada conoce el mundo, muy bien que se lo sabe.





Todas las demás cosas hacen algo; el pilón gotea y la hierba sube; en ella parece no mudar nada. ¿No muda? Aunque ella no lo sepa, su caparazón engruesa; se azoraría si lo supiese.

Al fin ha muerto. Un día entero no se supo nada: parecía sólo más lenta... La cabeza entró en su estuche; las patas en su funda. La arena se dio cuenta de que se encogía un poquito más.

La dejaron orearse; después la han vaciado. Ahora hay sobre la mesa una concha espaciosa, urna de hierro viejo, llena de silencio.



En Scarpa, R. E. Elogio de las cosas de la tierra

LO FEO

El enigma de la fealdad tú no lo has descifrado. Tú no sabes por qué el Señor dueño de los lirios del campo, consiente por los campos la culebra y el sapo en el pozo. Él los consiente, Él los deja atravesar sobre los musgos con rocío.

En lo feo, la materia está llorando; yo le he escuchado el gemido. Mírale el dolor, y ámalo. Ama la araña y los escarabajos por dolorosos, porque no tienen, como la rosa, una expresión de dicha. Ámalos, porque son un anhelo engañado de hermosura, un deseo no oído de perfección. Son como alguno de tus días, malogrados y miserables a pesar de ti mismo. Ámalos, porque no recuerdan a Dios, ni nos evocan la cara amada.

Ten piedad de ellos que buscan terriblemente, con una tremenda ansia, la belleza que no trajeron. La araña ventruda, en su tela suave, sueña con la idealidad, y el escarabajo deja el rocío sobre un lomo negro para que le finja un resplandor fugitivo.





EL BRASERO

¡Brasero de pedrerías, ilusión para el pobre: mirándote, tenemos las piedras preciosas!

Voy gozándote a lo largo de la noche los grados del ardor: primero es la brasa, desnuda como una herida; después, una veladura de ceniza que te da el color de las rosas menos ardientes; y al acabar la noche, una blancura leve y suavísima que te amortaja.

Mientras ardías, se me iban encendiendo los sueños o los recuerdos, y con la lentitud de tu brasa, iban después velándose, muriéndose...

Eres la intimidad: sin ti existe la casa, pero no sentimos el hogar.

Tú me enseñaste que lo que arde congrega a los seres en torno de su llama, y mirándote cuando niña pensé volver así mi corazón. E hice en torno mío el corro de los niños.

Las manos de los míos se juntan sobre tus brasas. Aunque la vida nos esparza, nos hemos de acordar de esta red de las manos tejida en torno tuyo.

Para gozarte mejor, te dejo descubierto; no consiento que cubran tu rescoldo maravilloso.

Te dieron una aureola de bronce, y ella te ennoblece, ensanchando el resplandor.

Mis abuelas quemaron en ti las buenas hierbas que ahuyentan a los espíritus malignos, y yo también para que te acuerdes de ellas suelo espolvorearte las hierbas fragantes, que crepitan en tu rescoldo como besos.

Mirándote, viejo brasero del hogar, voy diciendo:

-Que todos los pobres te enciendan en esta noche, para que sus manos tristes se junten sobre ti con amor.



CUENTO



POR QUÉ LAS ROSAS TIENEN ESPINAS



a pasado con las rosas lo que con muchas otras plantas, que en un principio fueron plebeyas por su excesivo número y por los sitios donde se les colocara.

Nadie creyera que las rosas, hoy princesas atildadas de follaje hayan sido hechas para embellecer los caminos. Y fue así sin embargo.

Había andado Dios por la Tierra disfrazado de romero todo un caluroso día, y al volver al cielo se le oyó decir:

-¡Son muy desolados esos caminos de la pobre Tierra! El sol los castiga y he visto por ellos viajeros que enloquecían de fiebre y cabezas de bestias agobiadas. Se quejaban las bestias en su ingrato lenguaje, y los hombres blasfemaban. ¡Además, qué feos son con sus tapias terrosas y desmoronadas!

Y los caminos son sagrados, porque unen a los pueblos remotos y porque el hombre va por ellos, en el afán de la vida, henchido de esperanzas si mercader, con el alma extasiada si peregrino.

Bueno será que hagamos tolderías frescas para esos senderos y visiones hermosas: sombra y motivos de alegría.

E hizo los sauces que bendicen con sus brazos inclinados; los álamos larguísimos, que proyectan sombra hasta muy lejos, y las rosas de guías trepadoras, gala de las pardas murallas.

Eran los rosales por aquel tiempo pomposos y abarcadores; el cultivo, y la reproducción repetida hasta lo infinito, han atrofiado la antigua exuberancia.



Y los mercaderes, y los peregrinos, sonrieron cuando los álamos, como un desfile de vírgenes, los miraron pasar, y cuando sacudieron el polvo de sus sandalias bajo los frescos sauces.

Su sonrisa fue emoción al descubrir el tapiz verde de las murallas, regado de manchas rojas, blancas y amarillas, que eran como una carne perfumada. Las bestias mismas relincharon de placer. Eleváronse de los caminos, rompiendo la paz del campo, cantos de un extraño misticismo por el prodigio.

Pero sucedió que el hombre, esta vez como siempre, abusó de las cosas puestas para su alegría y confiadas a su amor.

La altura defendió a los álamos; las ramas lacias del sauce no tenían atractivo; en cambio, las rosas sí que lo tenían, olorosas como un frasco oriental e indefensas como una niña en la montaña.

Al mes de vida en los caminos, los rosales estaban bárbaramente mutilados y con tres o cuatro rosas heridas.

Las rosas eran mujeres, y no callaron su martirio. La queja fue llevada al Señor. Así hablaron temblando de ira y más rojas que su hermana, la amapola:

-Ingratos son los hombres, Señor; no merecen tus gracias. De tus manos salimos hace poco tiempo, íntegras y bellas; henos ya mutiladas y míseras.

Quisimos ser gratas al hombre y para ello realizábamos prodigios: abríamos la corola ampliamente, para dar más aroma; fatigábamos los ta-

llos a fuerza de chuparles savia para estar fresquísimas. Nuestra belleza nos fue fatal.

Pasó un pastor. Nos inclinamos para ver los copos redondos que le seguían. Dijo el truhán:

-“Parecen un arrebol, y saludan, doblándose, como las reinas de los cuentos”.

Y nos arrancó dos gemelas con un gran tallo.

Tras él venía un labriego. Abrió los ojos asombrados, gritando:

-“¡Prodigio! La tapia se ha vestido de percal multicolor, ni más ni menos que una vieja alegre!”.

Y luego:

-“Para la Añuca y su muñeca”.

Y sacó seis, de una sola guía, arrastrando la rama entera.

Pasó un viejo peregrino. Miraba de extraño modo: frente y ojos parecían dar luz.

Exclamó:

-“¡Alabado sea Dios en sus criaturas cándidas! ¡Señor, para ir glorificándote en ella!”.

Y se llevó nuestra más bella hermana.

Pasó un pilluelo.

“¡Qué comodidad! -dijo-. ¡Flores en el caminito mismo!”.

Y se alejó con una brazada, cantando por el sendero.

Señor, la vida así no es posible. En días más, las tapias quedarán como antes: nosotras habremos desaparecido.

-¿Y qué queréis?

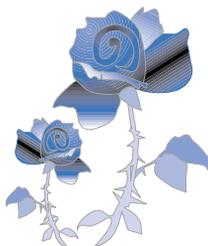
-¡Defensa! Los hombres escudan sus huertas con púas de espi-
no y zarzas. Algo así puedes realizar en nosotras.

Sonrió con tristeza el buen Dios, porque había querido hacer la
belleza fácil y benévola, y repuso:

-¡Sea! Veo que en muchas cosas tendré que hacer lo mismo. Los
hombres me harán poner en mis hechuras hostilidad y daño.

En los rosales se hincharon las cortezas y fueron formándose
levantamientos agudos: las espinas.

Y el hombre, injusto siempre, ha dicho después que Dios va bo-
rrando la bondad de su creación.



Desolación

LA CHARCA



ra una charca pequeña, toda pútrida. Cuanto cayó en ella se hizo impuro: las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas. En los bordes, ni una brizna verde.

El árbol vecino y unas grandes piedras la rodeaban de tal modo, que el sol no la miró nunca ni ella supo de él en su vida.

Mas un buen día, como levantarán una fábrica de los alrededores, vinieron obreros en busca de las grandes piedras.

Fue eso en un crepúsculo. Al día siguiente el primer rayo cayó sobre la copa del árbol y se deslizó hacia la charca.

Hundió el rayo en ella su dedo de oro y el agua, negra como un betún, se aclaró: fue rosada, fue violeta, tuvo todos los colores: ¡un ópalo maravilloso!

Primero, un asombro, casi un estupor al traspasarla la flecha luminosa; luego, un placer desconocido mirándose transfigurada; después... el éxtasis, la callada adoración de la presencia divina descendida hacia ella.

Los vermes del fondo se habían enloquecido en un principio por el trastorno de su morada; ahora estaban quietos, perfectamente sumidos en la contemplación de la placa áurea que tenían por cielo.



Así la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el dueño del nido, sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención que se realizaba junto a ellos. La fisonomía gloriosa de la charca se les antojaba una cosa insólita.

Y al descender el sol, vieron una cosa más insólita aún. La caricia cálida fue durante todo el día absorbiendo el agua impura insensiblemente. Con el último rayo, subió la última gota. El hueco gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado.

Cuando el árbol y el pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible y algodonosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire fuera su camarada, la charca de vientre impuro.



Para las demás charcas de aquí abajo, ¿no hay obreros providenciales que quiten las piedras ocultadoras del sol?

Desolación

LA RAÍZ DEL ROSAL



ajo la tierra como sobre ella hay una vida, un conjunto de seres que trabajan y luchan, que aman y odian.

Viven allí los gusanos más oscuros, y son como cordones negros las raíces de las plantas, y los hilos de agua subterráneos, prolongados como un lino palpitar.

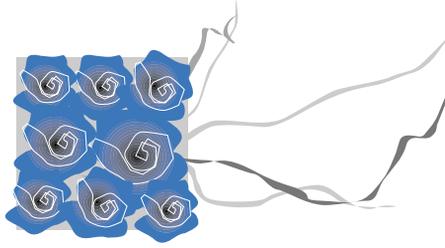
Dicen que hay otros aún: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

He aquí lo que hablaron cierto día, al encontrarse, un hilo de agua y una raíz de rosal:

-Vecina raíz, nunca vieron mis ojos nada tan feo como tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga cola en la tierra y se fue dejándola. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzaste su movimiento en curvas graciosas, y sólo le has aprendido a beberme mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime, ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

-Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata a tus ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda, y la labor excesiva me ha deformado, como deforma los brazos al obrero. También yo soy una obrera; trabajo para la bella prolongación de mi cuerpo que mira al sol. Es a ella a quien envió la leche azul que te bebo; para mantenerla fresca, cuando tú te apartas, voy a



buscar los jugos vitales lejos. Hermano hilo de agua, sacarás cualquier día tus platas al sol. Busca entonces la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo pero prudente, calló, resignado a la espera.

Cuando su cuerpo palpitar ya más crecido salió a la luz, su primer cuidado fue buscar aquella prolongación de que la raíz hablara.

Y, ¡oh, Dios! lo que sus ojos vieron.

Primavera reinaba espléndida, y en el sitio mismo en que la raíz se hundía, una forma rosada, graciosa, engalanaba la tierra.

Se fatigaban las ramas con una carga de cabecitas rosadas, que hacían el aire aromoso y lleno de secreto encanto.

Y el arroyo se fue, meditando por la pradera en flor:

-¡Oh, Dios! ¡Cómo lo que abajo era hilacha áspera y parda, se torna arriba seda rosada! ¡Oh, Dios! ¡Cómo hay fealdades que son prolongaciones de belleza...!



GABRIELA MAESTRA



CONTAR



Poco toman en cuenta en las Normales para la valorización de un maestro, poco se la estiman si la tiene y menos se la exigen si le falta esta virtud de buen contar que es cosa mayorazga en la escuela. Lo mismo pasa con las condiciones felices del maestro para hacer jugar a los niños, que constituye una vocación rara y sencillamente preciosa. Lo mismo ocurre con el lote entero de la gracia, dentro del negocio pedagógico. (El filisteísmo vive cómodo en todas partes; pero muy especialmente se ha sentado como patrón en el gremio pedagógico dirigente).

Sin embargo, contar es la mitad de las lecciones; contar es medio horario y medio manejo de los niños, cuando, como en adagio, contar es encantar, con lo cual entra en la magia.

Estoy hablando de la escuela primaria, naturalmente, sin que esto deje de cubrir también los tres primeros años de la secundaria.

La zoología es un buen contar de la criatura-león, de la criatura-ave y de la criatura-serpiente, hasta que ellas, una por una, caminen, vuelen o trepen delante de los ojos del niño, gesticulen, y se le metan en el alma hasta ese como núcleo en que él tiene sentado a los demás seres con quienes entabla la linda familiaridad animal que es la mera infancia.

Se han de dar primero las estampas, todas las posibles, abundantes, numerosas estampas, sin las cuales no habrá en la sala objeto verdadero sobre el que el niño aúpe conocimiento alguno. Sobre la lámina yo pondría la aventura o el relato -muy coloreada-

do- de la costumbre animal, ya sea dando el trozo escogido de una buena Antología Zoófila o el cuento de bestias que el profesor se sepa. Sólo después de esta doble estampa de la bestezuela, la estampa grabada y la oral, ya entraría en la descripción técnica haciéndola vigorosamente enjuta, como el trazo del aguafortista, porque es engorrosa siempre para el niño; de ella pasaría, finalmente, a lo del orden y la familia, que como trabajo de generalización es bastante ingrato para el chiquito.

Caldeado el niño con el relato, echado así de bruces en el tema, con el gusto del nadador que se zambulle, él encuentra en la criatura-abeja, o la criatura-león, como un elemento que le da el gozo, y él dará dentro del tema los pasos que se quiera o, al menos, los que permita la suma de interés levantado por la narración en confluencia con la imagen.

La botánica no es menos contar que la zoología, al revés de lo que algunos creen. Se cuenta con la misma arquitectura bella del relato, la cosecha y elaboración del lino; se cuentan muchos árboles americanos prodigiosos, dando al niño el mismo encantamiento de una fábula animal. Así el árbol del pan, así las palmeras -que hacen tribu vegetal-, así la tagua ecuatoriana o el alerce chileno.

La geografía es siempre un contar en el gran geógrafo y un puro enumerar huesoso y hacer cubos de cifras en el mediocre. Reclus, el admirable, contó larga y jugosamente; Sven Hedin y Humboldt han contado. La plaga de autores de textos de geografía no sabe contar por boca propia ni tiene la hidalguía de citar con largueza las páginas magistrales de los clásicos con que cuenta su ramo. De donde viene ese pueblo feo y monótono que forman los textos de una ciencia que es genuinamente bella, como que es la dueña misma del panorama.



El paisaje americano es una fuente todavía intacta del bello describir y el bello narrar. Ha comenzado hace unos pocos años la tarea Alfonso Reyes con *La visión de Anáhuac*, y ese largo trozo de una maestría de la china en la descripción ha de servir como modelo a cada escritor indoamericano. Nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo íntegramente y, además, dignamente.

La química es también contar. Las propiedades -y no digamos los usos- de cada materia dan para relatos del mejor “maravilloso”. Yo he hecho en una escuela de obreras uno con el yodo - producto precioso que sólo da nuestro país- y otro con las principales resinas, por lo cual bien sé lo que aseguro.

Yo dividía hace años los temas en temas con aureola y temas sin aureola, es decir, los que se prestan a una transfiguración del asunto gracias a un comentario hábil y los que esquivan o rechazan su dignificación a criatura gloriosa. Ahora yo creo que no existen sino temas aureolados, o sobrenaturales, y que mi pereza para punzarlos hasta sacarles esplendor era la que me dictaba aquella tonta clasificación. He leído un artículo ajeno sobre los cristales a esas mismas alumnas obreras y las he tenido dos horas como debajo de un hechizo. Sé que después de esa lectura su mirada para el simple vidrio, y no digamos para el cristal de roca, será una mirada nueva.

Sobra decir que la historia es un contar, aunque no esté de más la perogrullada para los maestros que resuelven ese ramo en fechas, lugares y apellidos.

Quedamos, pues, en que quien sabe contar donosamente tiene aprovechado y seguro medio programa.



Ahora vendría el esclarecer lo que es un buen contar.

Creo que no se sabe esto preguntándole a un técnico en fábulas, o sea, a un escritor, sino recordando quiénes nos contaron en nuestra infancia los “sucedidos” prodigiosos que nos sobrenadan en la memoria desde hace treinta años.

Mi madre no sabía contar o no le gustaba hacerlo. Mi padre sabía contar, pero sabía él demasiadas cosas, desde su buen latín hasta su noble dibujo decorativo; era hombre extraordinario y yo prefiero acordarme de los contadores corrientes. Dos o tres viejos de aldea me dieron el folklore de Elqui -mi región- y esos relatos con la historia bíblica que me enseñara mi hermana maestra en vez del cura, fueron toda, toda mi literatura infantil. Después he leído cuantas obras maestras del género infantil andan por el mundo. Yo quiero decir que las narraciones folklóricas de mis cinco años y las demás que me han venido con mi pasión folklórica después, son las mejores para mí, son eso que llaman la “belleza pura” los profesores de estética, las más embriagantes como fábulas y las que yo llamo clásicas por encima de todos los clásicos.

El narrador en el folklore no usa del floridismo, no borda florituras pedantes, ni florituras empalagosas; no fuerza con el adjetivo habilidoso el interés; éste brota honrado y límpido del núcleo mismo de la fábula. El narrador folklórico es vivo a causa de la sobriedad que cuenta casi siempre alguna cosa mágica, o extraordinaria a lo menos, que está bien cargada de electricidad creadora. Con la repetición milenaria, el relato, como el buen gimnasta, ha perdido la grasa de los detalles superfluos y ha quedado en puros músculos. El relato folklórico de este modo no es largo ni se encuentra atolado en las digresiones, camina recto como la flecha a su centro y no fatiga ojo de niño ni de hombre. Estas son, creo, las cualidades capitanas del relato popular.



¿Y las del contador? De lo anterior se desprenden algunas de ellas.

El contador ha de ser sencillo y hasta humilde si ha de repetir sin añadidura fábula maestra que no necesita adobo; deberá ser donoso, surcado de gracia en la palabra, espejeante de donaire, pues el niño es más sensible que Goethe o que Ronsard a la gracia; deberá reducirlo todo a imágenes, cuando describe, además de contar, y también cuando sólo cuenta, dejando sin auxilio de estampa sólo aquello que no puede trasmutarse en ella; deberá renunciar a lo extenso, que en la narración es más gozo de adulto que de niño; deberá desgajar en el racimo de fábulas que se ha ido formando las de relación caliente con su medio: fruta, árbol, bestia o paisaje cotidianos; procurará que su cara y su gesto le ayuden fraternalmente el relato bello, porque el niño gusta de ver conmovido y muy vivo el rostro del que cuenta. Si su voz es fea, medios hay de que la eduque siquiera un poco hasta sacarle alguna dulzura, pues es regalo que agradece el que escucha una voz grata y que se pliega como una seda al asunto.

Si yo fuese Directora de Normal, una cátedra de folklore general y regional abriría en la escuela. Además -insisto-, no daría título de maestro a quien no contase con agilidad, con dicha, con frescura y hasta con alguna fascinación.



1929

En Scarpa, R. E. Magisterio y niño
En Quezada, J. Antología de poesía y prosa de G. Mistral

PASIÓN DE LEER



La faena en favor del libro que corresponde cumplir a maestros y padres es la de despertar la apetencia del libro, pasar de allí al placer del mismo y rematar la empresa dejando un simple agrado promovido a pasión. Lo que no se hace pasión en la adolescencia, se desmorona hacia la madurez relajada.

Volver la lectura cotidianidad, o según dice Alfonso Reyes, “cosa imposible de olvidar, como lavarse las manos”. Dejar atrás el hábito de padres o abuelos que contaban los libros que habían leído por las catástrofes nacionales o los duelos de la familia. Hacer leer, como se come, todos los días, hasta que la lectura sea, como el mirar, ejercicio natural, pero gozoso siempre. El hábito no se adquiere si él no promete y cumple placer.

La primera lectura de los niños sea aquella que se aproxima lo más posible al relato oral, del que viene saliendo, es decir, a los cuentos de viejas y los sucedidos locales. Folklore, mucho folklore, todo el que se pueda, que será el que se quiera. Se trata del momento en que el niño pasa de las rodillas mujeriles al seco banco escolar, y cualquier alimento que se le allegue debe llevar color y olor de aquellas leches de anteayer. Estas leches folklóricas son esmirriadas en varias razas: en la española conservan una abundancia y un ímpetu de aluvión. No es cosa de que los maestros las busquen penosamente: hechas cuento o romance, corren de aldea a ciudad por el lomo peninsular; llegan a parecer el suelo y el aire españoles, y no hay más afán que cogerlas, como las codornices en la lluvia de Moisés, estirando la mano y metiendo en el saco las mejores: casi no hay mejores y peores; posee el folklore español una admirable parejura de calidad en que regodearse.



Yerran los maestros que, celando mucho la calidad de la lectura, la matan al imponer lo óptimo a tirones y antes de tiempo. Debemos condescender algo o mucho con el niño, aceptándole ciertas lecturas o bobas o laterales. He visto a chiquitos bostezar por unas lías en versión llamada infantil y que se despabilaban en seguida por cualquier Julio Verne.

Aceptemos ladinamente el gusto zurdo del niño por la aventura mal escrita, que una vez hecho su “estómago de lector”, la aventura sandia irá trepándose hacia Kipling y Jack London, y de éstos a otros, hasta llegar a la Divina Comedia (tremenda aventura por dentro del ánimo), al Quijote o al mundo de Calderón.

Dicen que lo mejor suele ser enemigo de lo bueno; también lo solemne anticipado puede empalagar de lo serio y por toda la vida. El fastidio lleva derecho a la repugnancia.

Pasión de leer, linda calentura que casi alcanza a la del amor, a la de la amistad, a la de los campeonatos. Que los ojos se vayan al papel impreso como el perro a su amo; que el libro, al igual de una cara, llame en la vitrina y haga volverse y plantarse delante en un hechizo real; que se haga el leer un ímpetu casi carnal; que se sienta el amor propio de haber leído libros mayores de siempre y el bueno de ayer; que la noble industria del libro exista para nosotros por el gasto que hacemos de ella, como existen la de tejidos y alimentos, y que el escritor se vuelva criatura presente en la vida de todos, a lo menos tanto como el político o el industrial.

Entonces y no antes la lectura estará en su punto, como el almíbar; ni pedirá más, que fuese manía; ni aceptará menos, que sería flojedad.



Pasión de leer, seguro contra la soledad muerta de los huesos de la vida interna, o sea de los más. Sirviese la lectura solamente para colmar este hondón del fastidio, y ya habría cumplido su encargo.

Pasión preciosa de fojear el mundo por mano más hábil que la propia; pasión de recorrer lo no recorrido en sentimientos o acción; arribo a posadas donde dormir soñando unos sueños, si no mejores, diferentes del propio. Y pasión del idioma, hablado por uno más donoso, o más ágil, o más rico que nosotros. Se quiere como a la entraña a la lengua, y eso no se sabe sino leyendo en escritura feliz un logro del prójimo, que nos da más placer que la nuestra, que nos llega a producir una alegría pasada a corporal, a fuerza de ser tan viva.

El cine está habituando a los muchachos a un tipo de hazaña más rápida, más vertical. Bueno será que los novelistas morosos se den cuenta de este ritmo de la generación lectora que viene. El mismo cine les está retrotrayendo a la imaginación pura, tirada y reída por nuestros padres, que fueron educados en la calva Razón.

Ahora comienza, y también por el cine vilipendiado, el amor de la lectura manca de ciencias naturales. Es cuestión de aprovechar el suceso y sacarle el beneficio posible. Obreros he visto leyendo en una sala una Historia del cielo, bien ilustrada, y sé que es corriente su gusto de la aventura animal, en vidas de abejas, de elefantes y de bichos estupendos.

Por estos caminos de niñerías se puede llevar a cualquiera a la pasión de leer, hasta al lerdito y al sordo, y sin más que alimentar esta avidéz niña.

Lo único que importa es cuidar los comienzos: el no hastiar al recién llegado, el no producirle bostezo o el no desalentarle por la pieza ardua.



Ciencia de editor, o de bibliotecario, o de maestro: astucia de la buena, manejo de persona difícil, habilidad de entrenador.

Quedan para después las limpias del material, los cuidados acérrimos del repertorio, la organización de los temas, según la ideología A o B.

Este postergar es cuidar, un racional acomodamiento del huésped, antes de contarle la heráldica de la casa de los libros.

“La lectura distrae”. No siempre nos distrae, es decir, nos aparta y nos pone a la deriva, porque muchas veces nos hinca mejor en lo nuestro. Da el regusto de lo vivido y es rumia de lo personal que hacemos sobre la pieza ajena; egoístas no dejamos de ser nunca, y en la novela resobamos percañe o bienaventuranza propios.

Los programas de lectura escolar u obrera no dejen de mano la poesía, o se quedarán muy plebeyos. La poesía grande de cualquier escuela o tiempo. Si lo es, tendrá garra como la bestia prócer o echará red en nosotros a lo barca de pesca.

Menos que la poesía debemos desdeñar de tontos desdeñes la lectura religiosa. Escrituras sacras, todas, una por una, y nuestra Biblia la primera, valen por el más ancho poema épico, en resuello heroico y en forzadura cenital a sacrificio. Contienen además ellas una fragua tal de fuego absoluto, que sale de allí, cuando se las maneja a las buenas, un metal humano duro de romperse en el trajín de vivir y muchas veces apto para rehacer las vidas del mundo, cuando ellas crujen de averiadas. Los libros que hicieron tal faena, sin etiqueta de criatura religiosa, llevaban por el revés la vieja marca de la mística despedida y que regresa siempre.



1935

En Scarpa, R. E. Magisterio y niño
En Quezada, J. Antología de poesía y prosa de G. Mistral

¿QUÉ ES UNA BIBLIOTECA?



Una biblioteca es un vivero de plantas frutales. Cuando bien se la escoge, cada una de ellas se vuelve un verdadero “árbol de vida” adonde todos vienen para aprender a sazonar y a consumir su bien.

Lo mismo que en el vivero no hay en las bibliotecas plantas iguales aunque las haya semejantes, porque la biblioteca es un mundillo de variedad que no debe cansar nunca. Aquí están los fuertes y los dulces, los cuerdos y los desvariados, los serios y los juguetones, los conformistas y los rebeldes.

Una biblioteca es también un lindo coro de voces; ninguna de ellas desde la más aguda a la más grave es igual a otra, pero hasta las más contrastadas acaban reconciliándose dentro de nuestra alma, gran reconciliadora. Lope y Quevedo que se pelearon bastante, aquí estarán tocándose con los codos y nuestro padre el Dante, el desterrado, conversará con sus propios florentinos de los cuales divorció sus huesos.

Hasta puede decirse que una biblioteca se parece, a pesar de su silencio, a un pequeño campo de guerrillas: las ideas aquí luchan a todo su gusto. Nosotros, los lectores, solemos entrometernos en la brega sin sangre, pero lo común es que asistimos sin riesgo alguno al espectáculo gratuito y que enciende hasta a los tibios.

Los más acuden a una biblioteca por encontrarse a gentes de su credo o clan, pero venimos, sin saberlo, a leer a todos y a aprender así algo muy preciso: a escuchar al contrario, a oírlo con generosidad y hasta a darle la razón a veces. Aquí se puede apren-



der la tolerancia hacia los pensamientos más contrastados con los nuestros, de lo cual resulta que estos muros forrados de celulosa trabajan sobre nuestros fanatismos y nuestras soberbias, según hace la lima alisadora y el aceite curador.

Pero sucede también, que en ocasiones, tenemos aquí gozosos encuentros: eso pasa cuando nos hallamos con hermanos nuestros que vivieron lo mismo que nosotros vivimos y que se nos parecen como la gota a la gota de agua. Por parecérsenos, ellos nos dan todo gusto y después de haberles oído volveremos confortados a nuestras casas y nunca más nos sentiremos huérfanos.

Una biblioteca es también el barco de Simbad el Marino o la mula de los Marco Polo, o el asno de Sancho: cada libro, bien mirado, es una aventura mental, que a veces, por lo vívida llega a parecer física. Como las gentes de la provincia son sedentarias forzadas, personas no navegadas, casi unos prisioneros de pies cortados, la caminata y la navegación se la conocen solamente gracias a los Sven Hedin o las Selma Lagerloff, o por nuestro Mariano Azuela, vuestro Martín L. Guzmán o por el “Martín Fierro” o por Benjamín Subercaseaux.

¡Qué fiesta! Vamos atravesando sierras, cordilleras o mares frenéticos. Bastan unas pizcas de imaginación o de mera buena voluntad para hacer el viaje de bracete con el andador o jinete y esto es llevar compañía grande, pues hasta el Lazarillo de Tormes y el Periquillo Sarmiento son personas de toda calidad, aunque vayan despeinados y en harapos o tengan lengua alácrita de más como Quevedo.

Una biblioteca, en ciudad pequeña, puede volverse, mejor que en ninguna parte, corro familiar de niños lectores o auditores y frecuente tertulia de adultos. Ella puede salvar a los hombres de



la cantina mal oliente y librar a los chiquitos de la jugarreta en la vía pública. Pero el arte del bibliotecario es difícil: él tiene que crear el convivio de sus lectores en torno de unos anaqueles severos y fríos y el nuevo hábito le costará bastante hasta que quede plantado sobre la piedra de la costumbre vieja, que es muy terca. Para llegar a esto, la biblioteca de provincia ha de volverse “cosaviva “ como el brasero de nuestros abuelos que llamaba a la familia con sus brillos y su oleada de calor. La vida de las poblaciones pequeñas es un poco laxa, apática y mortecina. Los centros creadores de calor humano son en estos pueblos la escuela, los templos, la biblioteca. Si todos ellos colaborasen, no habría poblaciones indiferentes y sosas. Es preciso que el bibliotecario luche con la desabrida persona que se llama indiferencia popular.

Cuando la biblioteca es la primera y única, los visitantes miran con desasimiento estos anaqueles alineados que se parecen a los nichos del cementerio. Entonces, hay que calentar los rimeros de libros hasta que cada uno de éstos cobre bulto y calor de seres vivos.

Son el bibliotecario o la bibliotecaria quienes irán creando la tertulia de los vecinos de esta sala; ellos darán reseña excitante sobre el libro desconocido; ellos abrirán la apetencia del lector reacio, leyendo las páginas más tónicas de la obra con gesto parecido al de quien hace aspirar una fruta de otro clima, hasta que el desconfiado da la primera mordida. A las frutas se parecen por ejemplo los libros de poesía: vuestro López Velarde vale por un tendal de fresas y Díaz Mirón por una granada recia y fina. A veces sin leer ningún texto, una biografía corta y movida despeza la curiosidad del lector hacia el autor remoto o el libro duro de majar.



Las bibliotecas que yo más quiero son las provinciales, porque fui niña de aldeas y en ellas me viví juntas a la hambruna y a la avidez de libros. Por esto mismo, yo vine a tener de adulta las fábulas que se oyen a los siete años, y hasta la vejez dura y perdura en mí el gusto del cuento pueril y del pintarrajeado de imágenes y me los leo con la avidez de todos aquellos que llegaron tarde a sentarse a la mesa y por eso comen y beben desafortunadamente. Aquéllos eran otros tiempos y en las quijadas de la cordillera el único libro era el arrugado y vertical de trescientas y tantas montañas, abuelas ceñudas y que daban consejas trágicas.



1949

En Quezada, J. Antología de poesía y prosa de G. Mistral



LA ORACIÓN DE LA MAESTRA

¡Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra que Tú llevaste por la Tierra!

Dame el amor único de mi escuela; que ni la quemadura de la belleza sea capaz de robarle mi ternura de todos los instantes.

Maestro, hazme perdurable el fervor y pasajero el desencanto. Arranca de mí este impuro deseo de justicia que aún me turba, la mezquina insinuación de protesta que sube de mí cuando me hieren. No me duela la incomprensión ni me entristezca el olvido de las que enseñé.

Dame el ser más madre que las madres, para poder amar y defender como ellas lo que no es carne de mis carnes. Dame que alcance a hacer de una de mis niñas mi verso perfecto y a dejarte en ella clavada mi más penetrante melodía, para cuando mis labios no canten más.

Muéstrame posible tu Evangelio en mi tiempo, para que no renuncie a la batalla de cada día y de cada hora por él.

Pon en mi escuela democrática el resplandor que se cernía sobre tu corro de niños descalzos.

Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida.

¡Amigo, acompáñame! ¡Sostenme! Muchas veces no tendré sino a Ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más casta y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo harto de soledad y desamparo. Yo no buscaré sino en tu mirada la dulzura de las aprobaciones.

Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o banal en mi lección cotidiana.

Dame el levantar los ojos de mi pecho con heridas, al entrar cada mañana a mi escuela. Que no lleve a mi mesa de trabajo mis pequeños afanes materiales, mis mezquinos dolores de cada hora.

Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia. ¡Reprensión con dolor, para saber que he corregido amando!

Haz que haga de espíritu mi escuela de ladrillos. Le envuelva la llamarada de mi entusiasmo su atrio pobre, su sala desnuda. Mi corazón le sea más columna y mi buena voluntad más oro que las columnas y el oro de las escuelas ricas.

Y, por fin, recuérdame desde la palidez del lienzo de Velázquez, que enseñar y amar intensamente sobre la Tierra es llegar al último día con el lanzazo de Longinos en el costado ardiente de amor.



Desolación

PALABRAS A LOS MAESTROS



Maestro, enseña con gracia, como pedía Rodó. Sin hacerte un retórico, procura dar un poco de belleza en tu lección de todos los días (mira que Cristo no divorció la hermosa intención de verdad del deseo de hermosura y gracia verbal).

Narra con donaire; sabes que tu oficio, que es de ternura, te ha vedado ser seco de corazón; también te prohíbe serlo de lenguaje.

Aprende en el libro moderno y en el antiguo las donosuras del idioma, y adquiérelas siquiera en parte.

En San Martín, tu Abraham, Bello, tu Carrera; sus biografías enardecerán más si conoces el adjetivo hermoso que pinta el carácter, el giro hábil que da movimiento al relato, el sustantivo transparente que nombra la virtud exacta (la verdadera excelencia).

No te conformes con ser claro, sé, si puedes, elegante en tu palabra.

La sobriedad, que tú sabes que es condición pedagógica de tu explicación, es don literario; la naturalidad, que también tu Manual te recomienda, es refinamiento artístico; la viveza del relato te la da no sólo tu entusiasmo, sino también tu habilidad científica (consciente, con intención artística).

Aprende esa sobriedad, esa naturalidad, esa viveza en Pascal, en Heine, en el Dante; no destierres ni a los escolares galanes de tu grave biblioteca. Hace bien una sonrisa.



Nadie se divorcia impunemente de la belleza, ni el sacerdote ni el propagandista, ni siquiera el mercader.

El descuido de tu lenguaje envuelve cierto desprecio de los que te oyen.

Cuando descuidas tu lenguaje, robas algo a la verdad que enseñas: le robas atractivo sobre los niños, le robas dignidad.

Te equivocas al pensar que ellos no saben de eso. Como el rústico, como el payador, como el picapedrero que canta aires hermosos sobre la cantera, el niño entiende; tienen ambos el instinto, no la ciencia por cierto, de lo divino.

Haz la prueba y te quedarás maravillado.

Léele uno de tantos cuentos insulsos de la pedagogía ordinaria que corren por allí y léele después el Cuento a Margarita de Rubén.

Cabe el arte dentro de tu escuela. Si decoras con Millet tu sala de clases, alegras a tus pequeños; sienten la dulzura de la Balada de Mignón en su clase de canto.

No desprecies al niño, que es toda su vida, porque te desprecies y haz capaz tu escuela de todo lo grande que pasa o que ha pasado por el mundo. Harás así pedagogía augusta, no gris, no pobre, no infeliz pedagogía.



1918

En Scarpa, R. E. Magisterio y niño
En Quezada, J. Antología de poesía y prosa de G. Mistral

PENSAMIENTOS PEDAGÓGICOS



PARA LAS QUE ENSEÑAMOS:

1. Todo para la escuela; muy poco para nosotras mismas.
2. Enseñar siempre: en el patio y en la calle como en la sala de clase. Enseñar con la actitud, el gesto y la palabra.
3. Vivir las teorías hermosas. Vivir la bondad, la actividad y la honradez profesional.
4. Amenizar la enseñanza con la hermosa palabra, con la anécdota oportuna, y la relación de cada conocimiento con la vida.
5. Hacer innecesaria la vigilancia de la jefe. En aquella a quien no se vigila, se confía.
6. Hacerse necesaria, volverse indispensable: esa es la manera de conseguir la estabilidad en un empleo.
7. Empecemos, las que enseñamos, por no acudir a los medios espurios para ascender. La carta de recomendación, oficial o no oficial, casi siempre es la muleta para el que no camina bien.
8. Si no realizamos la igualdad y la cultura dentro de la escuela, ¿dónde podrán exigirse estas cosas?
9. La maestra que no lee tiene que ser mala maestra: ha rebajado su profesión al mecanismo de oficio, al no renovarse espiritualmente.
10. Cada repetición de la orden de un jefe, por bondadosa que sea, es la amonestación y la constancia de una falta.
11. Más puede enseñar un analfabeto que un ser sin honradez, sin equidad.



12. Hay que merecer el empleo cada día. No bastan los aciertos ni la actividad ocasionales.
13. Todos los vicios y la mezquindad de un pueblo son vicios de sus maestros.
14. No hay más aristocracia, dentro de un personal, que la aristocracia de la cultura, o sea de los capaces.
15. Para corregir no hay que temer. El peor maestro es el maestro con miedo.
16. Todo puede decirse; pero hay que dar con la forma. La más acre reprimenda puede hacerse sin deprimir ni envenenar un alma.
17. La enseñanza de los niños es tal vez la forma más alta de buscar a Dios; pero es también la más terrible en el sentido de tremenda responsabilidad.
18. Lo grotesco proporciona una alegría innoble. Hay que evitarlo en los niños.
19. Hay que eliminar de las fiestas escolares todo lo chabacano.
20. Es una vergüenza que hayan penetrado en la escuela el cuplé y la danza grotesca.
21. La nobleza de la enseñanza comienza en la clase atenta y comprende el canto exaltador en sentido espiritual, la danza antigua -gracia y decoro-, la charla sin crueldad y el traje simple y correcto.
22. Tan peligroso es que la maestra superficial charle con la alumna, como es hermoso que esté a su lado siempre la maestra que tiene algo que enseñar fuera de clase.
23. Las parábolas de Jesús son el eterno modelo de enseñanza: usar la imagen, ser sencilla y dar bajo apariencia simple el pensamiento más hondo.



24. Es un vacío insuperable el de la instrucción que antes de dar conocimientos, no enseña métodos para estudiar.
25. Como todo no es posible retenerlo, hay que hacer que la alumna seleccione y sepa distinguir entre la médula de un trozo y el detalle útil, pero no indispensable.
26. Como los niños no son mercancías, es vergonzoso regatear el tiempo en la escuela. Nos mandan instruir por horas y educar siempre. Luego, pertenecemos a la escuela en todo momento que ella nos necesite.
27. El amor a las niñas enseña más caminos a la que enseña que la pedagogía.
28. Estudiamos sin amor y aplicamos sin amor las máximas y aforismos de Pestalozzi y Froebel, esas almas tan tiernas, y por eso no alcanzamos lo que alcanzaron ellos.
29. No es nocivo comentar la vida con las alumnas, cuando el comentario critica sin emponzoñar, alaba sin pasión y tiene intención edificadora.
30. La vanidad es el peor vicio de una maestra, porque la que se cree perfecta se ha cerrado, en verdad, todos los caminos hacia la perfección.
31. Nada es más difícil que medir en una clase hasta dónde llegan la amenidad y la alegría y dónde comienza la charlatanería y el desorden.
32. En el progreso o el desprestigio de un colegio todos tenemos parte.
33. ¿Cuántas almas ha envenenado o ha dejado confusas o empequeñecidas para siempre una maestra durante su vida?
34. Los dedos del modelador deben ser a la vez firmes, suaves y amorosos.



35. Todo esfuerzo que no es sostenido se pierde.
36. La maestra que no respeta su mismo horario y lo altera sólo para su comodidad personal, enseña con eso el desorden y la falta de seriedad.
37. La escuela no puede tolerar las modas sin decencia.
38. El deber más elemental de la mujer que enseña es el decoro en su vestido. Tan vergonzosa como la falta de aseo es la falta de seriedad en su exterior.
39. No hay sobre el mundo nada tan bello como la conquista de almas.
40. Existen dulzuras que no son sino debilidades.
41. El buen sembrador siembra cantando.
42. Toda lección es susceptible de belleza.
43. Es preciso no considerar la escuela como casa de una, sino de todas.
44. Hay derecho a la crítica, pero después de haber hecho con éxito lo que se critica.
45. Todo mérito se salva. La humanidad no está hecha de ciegos y ninguna injusticia persiste.
46. Nada más triste que el que la alumna compruebe que su clase equivale a su texto.



1923

En Scarpa, R. E. Magisterio y niño
En Quezada, J. Antología de poesía y prosa de G. Mistral

EL OFICIO LATERAL

“En varias partes algunas gentes me han preguntado sobre mi vida y mi reparto en dos oficios que no son nada gemelos sino opuestos”.



Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido. Enseñaba yo a leer a alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachos analfabetos que me sobrepasaba en edad. A la Directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás.

A la aldea también le había agradado poco el que le mandasen a una adolescente para enseñar en su escuela. Pero el pueblecito con mar próximo y dueño de un ancho olivar a cuyo costado estaba mi casa, me suplía la falta de amistades. Desde entonces la naturaleza me ha acompañado, valiéndome por el convivio humano; tanto me da su persona maravillosa que hasta pretendo mantener con ella algo muy parecido al coloquio... Una paganía congénita vivo desde siempre con los árboles, especie de trato viviente y fraterno: el habla forestal apenas balbuceada me basta por días y meses.

Un viejo periodista dio un día conmigo y yo di con él. Se llamaba don Bernardo Ossandón y poseía el fenómeno provincial de una



biblioteca grande y óptima. No entiendo hasta hoy cómo el buen señor me abrió su tesoro, fiándome libros de buenas pastas y de papel fino.

Con esto comienza para mí el deslizamiento hacia la fiesta pequeña y clandestina que sería mi lectura vespéral y nocturna, refugio que se me abriría para no cerrarse más.

Leía yo en mi aldea de la Compañía como todos los de mi generación leyeron “a troche y moche”, a tontas y a locas, sin idea alguna de jerarquía. El bondadoso hombre Ossandón me prestaba a manos llenas libros que me sobrepasaban; casi todo su Flammarion, que yo entendería a tercias o a cuartas, y varias biografías formativas y encendedoras. Parece que mi libro mayor de entonces haya sido un Montaigne, donde me hallé por primera vez delante de Roma y de Francia. Me fascinó para siempre el hombre de la escritura coloquial, porque realmente lo suyo era la lengua que los españoles llaman “conversacional”. ¡Qué lujo, fue, en medio de tanta pacotilla de novelas y novelones, tener a mi gran señor bordelés hablándome la tarde y la noche y dándome los sucesos ajenos y propios sin pesadez alguna, lo mismo que se deslizaba la lana de tejer de mi madre! (Veinte años más tarde ya llegaría a Bordeaux y me había de detener en su sepultura a mascullarle más o menos esta acción de gracias: “Gracias, maestro y compañero, galán y abuelo, padrino y padre”).

A mis compatriotas les gusta mucho contarme entre las lecturas tontas de mi juventud al floripondioso Vargas Vila, mayoral de la época; pero esos mismos que me dan al tropical como mi único entrenador pudieran nombrar también a los novelistas rusos, que varios de ellos aprovecharon en mis estantitos.

Mucho más tarde llegaría a mí el Rubén Darío, ídolo de mi generación, y poco después vendrían las mieles de nuestro Amado Nervo y la riqueza de Lugones que casi pesaba en la falda.



Poca cosa era todo esto, siendo lo peor la barbarie de una lectura sin organización alguna. ¡Pena de ojos gastados en periódicos, revistas y folletines sin hueso ni médula! ¡Pobrecilla generación mía, viviendo, en cuanto a provinciana, una soledad como para aullar, huérfana de todo valimiento, sin mentor y además sin buenas bibliotecas públicas! Ignoraba yo por aquellos años lo que llaman los franceses el *métier de côte*, o sea, el oficio lateral; pero un buen día él saltó de mí misma, pues me puse a escribir prosa mala, y hasta pésima, saltando, casi en seguida, desde ella a la poesía, quien, por la sangre paterna, no era jugo ajeno a mi cuerpo.

Lo mismo puede ocurrir, en esta emergencia de crear cualquiera cosa, el escoger la escultura, gran señora que me había llamado en la infancia, o saltar a la botánica, de la cual me había de enamorar más tarde. Pero faltaron para estos ramos maestros y museos.

En el descubrimiento del segundo oficio había comenzado la fiesta de mi vida. Lo único importante y feliz en aldea costera sería el que, al regresar de mi escuela, yo me ponía a vivir acompañada por la imaginación de los poetas y de los contadores, fuesen ellos sabios o vanos, provechosos o inútiles.

Mi madre, mientras tanto, visitaba la vecindad haciéndose querer y afirmándose así el empleo por casi dos años. Yo lo habría perdido en razón de mi lengua “comida” y de mi hurañez de castor que corría entre dos cuevas: la sala de clase, sin piso y apenas techada, y mi cuartito de leer y dormir, tan desnudo como ella. La memoria no me destila otro rocío consolador por aquellos años que el de los mocetones de la escuela, los que bien me quisieron, dándome cierta defensa contra la voz tronada de la Jefe y su gran desdén de mujer bien vestida hacia su ayudante de blusa fea y zapatos gordos. Yo había de tener tres escuelas rurales más y una “pasada” por cierto Liceo serenense. A los veinte años ingresé en la enseñanza secundaria de mi patria y rematé la ca-



rrera como directora de liceo. A lo largo de mi profesión, yo me daría cuenta cabal de algunas desventuras que padece el magisterio, las más de ellas por culpa de la sociedad, otras por indolencia propia.

Una especie de fatalidad pesa sobre maestros y profesores; pero aquí la palabra no se refiere al “Hado” de los griegos, es decir, a una voluntad de los dioses respecto de hombre “señalado”, sino que apunta a torpezas y a cegueras de la clase burguesa y de la masa popular.

La burguesía se preocupa poco o nada de los que apacientan a sus hijos y el pueblo no se acerca a ellos por timidez. Nuestro mundo moderno sigue venerando dos cosas: el dinero y el poder, y el pobre maestro carece y carecerá siempre de esas grandes y sordas potencias.

Es cosa corriente que el hombre y la mujer entren a su Escuela Nacional siendo mozos alegres y que salgan de ella bastante bien aviados para el oficio y también ardidados de ilusiones. La ambición legítima se la van a paralizar los ascensos lentos; el gozo se lo quebrará la vida en aldeas paupérrimas adonde inicie la carrera, y la fatiga peculiar del ejercicio pedagógico, que es de los más resecaadores, le irá menguando a la vez la frescura de la mente y la llama del fervor. El sueldo magro, que está por debajo del salario obrero, las cargas de familia, el no darse casi nunca la fiesta de la música o el teatro, la inapetencia hacia la naturaleza, corriente en nuestra raza, y sobre todo el desdén de las clases altas hacia sus problemas vitales, todo esto y mucho más irá royendo sus facultades y el buen vino de la juventud se les torcerá hacia el vinagre.

El ejercicio pedagógico, ya desde el sexto año, comienza a ser trabajado por cierto tedio que arranca de la monotonía que es su demonio y al cual llamamos vulgarmente “repetición”. Se ha dicho muchas veces que el instructor es un mellizo del viejo Sísifo dantesco. Ustedes recuerdan al hombre que empujaba una roca hasta hacerla subir por un acantilado



vertical. En el momento en que la peña ya iba a quedar asentada en lo alto, la tozuda se echaba a rodar y el condenado debía repetir la faena por los siglos de los siglos. Realmente la repetición hasta lo infinito vale, si no por el infierno, por un purgatorio. Y cuando eso dura veinte años, la operación didáctica ya es cumplida dentro del aburrimiento y aun de la inconsciencia.

El daño del tedio se parece, en lo lento y lo sordo, a la corrosión que hace el cardenillo en la pieza de hierro, sea el de un cerrojo vulgar o la bonita arca de plata labrada. El cardenillo no se ve al comienzo, sólo se hace visible cuando ya ha cubierto el metal entero.

Trabaja el tedio también como la anemia incipiente; pero lo que comienza en nonada, cunde a la sordina, aunque dejándonos vivir, y no nos damos cuenta cabal de ese vaho que va apagándonos los sentidos y destiñéndonos a la vez el paisaje exterior y la vida interna. Los colores de la naturaleza y los de nuestra propia existencia se empañan de más en más y entramos, sin darnos mucha cuenta de ello, en un módulo moroso, en las reacciones flojas y en el desgano o desabrimiento. El buen vino de la juventud, que el maestro llevó a la escuela, va torciéndose hasta acabar en vinagre, porque la larga paciencia de este sufridor ya ha virado hacia el desaliento. Guay con estos síntomas cuando ya son visibles: es lo de la arena invasora que vuela invisible en el viento, alcanza la siembra, la blanquea, la cubre y al fin la mata.

Bien solo que está el desgraciado maestro en casi todo el mundo, porque este mal cubre nuestra América del Sur casi entera, aparece también en los prósperos Estados Unidos, domina buena parte de Europa y sobra decir que infesta el Asia, y el África.

Si el instructor primario es un dinámico, dará un salto vital hacia otra actividad, aventando la profesión con pena y a veces con remordimiento: la vocación madre es, y fuera de su calor no se halla felicidad. Lo



común, sin embargo, no es dar este salto heroico o suicida; lo corriente es quedarse, por la fuerza del hábito, viviendo en el ejercicio escolar como menester que está irremediabilmente atollado en el cansancio y la pesadumbre. Ellos seguirán siendo los grandes afligidos dentro del presupuesto graso de las naciones ricas y de los erarios más o menos holgados; los sueldos succulentos serán siempre absorbidos por el Ejército y la Armada, la alta magistratura y la plana mayor de la política. Afligidos dije y no plañideros, pues cada instructor parece llamarse “el Sopórtalo-todo”.

Con todo lo cual, nuestro gran desdeñado, aunque tenga la conciencia de su destino y de su eficacia, irá resbalando en lento declive o en despeño, hacia un pesimismo áspero como la ceniza mascada. Si es que no ocurre cosa peor: el que caiga en la indiferencia. Entonces ya él no reclamará lo suyo, e irá, a fuerza de renunciadas, viviendo más y más al margen de su reino, que era la gran ciudad o el pueblecito. Con lo cual acaece que el hombre primordial del grupo humano acaba por arrinconarse y empiezan a apagarse en él las llamadas facultades o potencias del alma. El entusiasta se encoge y enfría; el ofendido se pone a vivir dentro de un ánimo colérico muy ajeno a su profesión de amor. Aquellas buenas gentes renunciadas por fuerza, que nacieron para ser los jefes naturales de todas las patrias, y hasta marcados a veces con el signo real de rectores de almas, van quedándose con la resobada pedagogía de la clase y eso que llamamos “la corrección de los deberes”. Y cuando ya les sobreviene este quedarse resignados en el fondo de su almud, o sea la mera lección y el fojeo de cuadernos, esta consumación significará la muerte suya y de la escuela. (...)



1949

En Scarpa, R. E. Magisterio y niño
En Quezada, J. Antología de poesía y prosa de G. Mistral

CÓMO ESCRIBO



Yo escribo sobre mis rodillas y la mesa escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa.

Escribo de mañana o de noche, y la tarde no me ha dado nunca inspiración, sin que yo entienda la razón de su esterilidad o de su mala gana para mí.

Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa; siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles.

Mientras fui criatura estable de mi raza y mi país, escribí lo que veía o tenía muy inmediato, sobre la carne caliente del asunto. Desde que soy criatura vagabunda, desterrada voluntaria, parece que no escribo sino en medio de un vaho de fantasmas. La tierra de América y la gente mía, viva o muerta, se me han vuelto un cortejo melancólico pero muy fiel, que más que envolverme, me forra y me oprime y rara vez me deja ver el paisaje y la gente extranjeros. Escribo sin prisa, generalmente, y otras veces con una rapidez vertical de rodado de piedras en la Cordillera. Me irrita, en todo caso, pararme, y tengo siempre al lado, cuatro o seis lápices con punta porque soy bastante perezosa, y tengo el hábito regalón que me den todo hecho, excepto los versos.

En el tiempo en que yo me peleaba con la lengua, exigiéndole intensidad, me solía oír, mientras escribía, un crujido de dientes bastante colérico, el rechinar de la lija sobre el filo romo del idioma.



Ahora ya no me peleo con las palabras sino con otra cosa. He cobrado el disgusto y el desapego de mis poesías cuyo tono no es el mío por ser demasiado enfático. No me excuso sino aquellos poemas donde reconozco mi lengua hablada, eso que llamaba Don Miguel el vasco, la “lengua conversacional”.

Corrijo bastante más de lo que la gente puede creer, leyendo unos versos que aun así se me quedan bárbaros. Salí de un laberinto de cerros y algo de ese nudo sin desatadura posible, queda en lo que hago, sea verso o sea prosa.

Escribir me suele alegrar; siempre me suaviza el ánimo y me regala un día ingenuo, tierno, infantil. Es la sensación de haber estado por unas horas en mi patria real, en mi costumbre, en mi suelto antojo, en mi libertad total.

Me gusta escribir en cuarto pulcro, aunque soy persona hartamente desordenada. El orden parece regalarme espacio, y este apetito de espacio lo tienen mi vista y mi alma.

En algunas ocasiones he escrito siguiendo un ritmo recogido en un caño que iba por la calle lado a lado conmigo, o siguiendo los ruidos de la naturaleza, que todos ellos se me funden en una especie de canción de cuna.

Por otra parte, tengo aún la poesía anecdótica que tanto desprecian los poetas mozos.

La poesía me conforta los sentidos y eso que llaman el alma; pero la ajena mucho más que la mía. Ambas me hacen correr mejor la sangre; me defienden la infantilidad del carácter, me añoran y me dan una especie de asepsia respecto del mundo.



La poesía es en mí, sencillamente, un rezago, un sedimento de la infancia sumergida. Aunque resulte amarga y dura, la poesía que hago me lava de los polvos del mundo y hasta de no sé qué vileza esencial parecida a lo que llamamos el pecado original, que llevo conmigo y que llevo con aflicción. Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano.

Es todo cuanto sé decir de mí y no me pongáis vosotros a averiguar más.



1938

En Quezada, J. Antología de poesía y prosa de G. Mistral

LOS DERECHOS DEL NIÑO



“Derecho a la salud plena, al vigor y la alegría”. Lo cual significa derecho a la casa, no solamente salubre, sino hermosa y completa; derecho al vestido y a la alimentación mejores.

La infancia servida abundante y hasta excesivamente por el Estado, debería ser la única forma de lujo -vale decir, de derroche- que una colectividad honesta se diera, para su propia honra y su propio goce. La infancia se merece cualquier privilegio. Yo diría que es la única entidad que puede recibir sin rezongo de los mezquinos eso, tan odioso, pero tan socorrido de esta sociedad nuestra, que se llama “el privilegio”, y vivir mientras sea infancia, se entiende, en un estado natural de acaparamiento de las cosas excelentes y puras del mundo, en el disfrute completo de ellas. Ella es una especie de préstamo de Dios hecho a la fealdad y a la bajeza de nuestra vida, para excitarnos, con cada generación, a edificar una sociedad más equitativa y más ahincada en lo espiritual.

Cada niño trae una esperanza llena de fuerza y de misterio a las colectividades caducas que son las nuestras, hasta en esa fresca América. No hay ninguna entidad de adultos que contenga sugestión semejante a la de la infancia de vida superiormente pura. Y ninguna sugiere con más fuerza que ella organizaciones nuevas del mundo.

Cuanto se ha hecho hasta hoy dentro de nuestros sistemas por salvar a la infancia en conjunto de la miseria y la degeneración, aun por los mejores, resulta pobre, vacilante y débil, y es un balbuceo. Habría que tentar iniciativas más totales y valerosas, yo diría más radicales, en el limpio sentido de esta palabra. “No se resuelve el problema de la infancia sin resolver en su mitad el problema social”. Eso no importa; habría que atreverse. Que los hombres indiquen los medios más enérgicamente completos y que las mujeres ayudemos al mejor plan. Yo descar-

to el comunismo porque todavía creo en la familia y no hay un extraño, ni el más maravilloso, que me convenza de arrancar un hijo a su madre para que ésta sea reemplazada por una máquina inhumana y por esa horrible rueda fría que se llama el funcionario oficial de cualquier país. Por otra parte, yo abomino de la educación en masa y siento aversión por las aglomeraciones brutales y brutalizantes de los internados y los cuarteles. Yo estoy diciendo siempre: “la mayor suma de individualismo, dentro de una norma colectivista”.

Debería atribuirse un salario especial -repetamos la palabra “privilegiado”- al fundador, o a la fundadora, de familia. Son los seres más acreedores a la dignidad material y moral dentro de un Estado que se respeta. Esto, por lo menos.

Es posible que en el conflicto social que vivimos, y que es inútil negar, sea la cuestión de la infancia la única que puede unir a los adversarios en la aceptación de reformas en grande. Muchas veces pienso que por este asunto podría empezar, y no por otro alguno, “la organización nueva del mundo”, porque hasta los peores levantan la cabeza, oyen, se vuelven un momento nobles y acogedores, cuando se nombra al niño. El pudor más tardío acude a la cara cuando a cualquier individuo sin conciencia social se le habla de la miseria de los niños, ofensa a Dios por excelencia, que hace día por día nuestra vergonzante sociedad cristiana.

“Derecho a los oficios y a las profesiones”. Pero no en la forma empedeñada en que se dan en nuestros países los primeros por maestros inferiores que no han dominado el lote maravilloso de una artesanía o de un arte mecánica; ni en la forma en la que se abren las profesiones liberales, que están desprestigiándose rápidamente por la falta de selección de los alumnos.



Derecho de la inteligencia, salga ella de la casta que salga, a actuar, a dirigir, a gobernar las sociedades. Derecho de la inteligencia a ser defendida, protegida, excitada, confortada y acatada por un Estado sagaz y atento que no la abandone ni la desperdicie..

Y como consecuencia de esto, derecho del Estado, ejercido por medio de sus educadores, a cerrar las profesiones superiores a los incapaces, por economía y sentido común, debiendo encaminarlos hacia las funciones y oficios que no necesiten de la creación ni impongan las altas responsabilidades efectivas de la inteligencia.

“Derecho a la tierra de todo niño que será campesino”, derecho natural, sobre todo en nuestra América de territorio generoso. Nuestro latifundio corresponde a una barbarie rural que Europa ha dejado atrás hace un siglo.

“Derecho a lo mejor de la tradición, a la flor de la tradición, que en los pueblos occidentales es, a mi juicio, el cristianismo”. Derecho a la herencia de Jesucristo, de la que ninguna criatura de nuestra raza puede quedar desposeída.

“Derecho del niño a la educación maternal”, a la madre presente, que no debe serle arrebatada por la fábrica o por la prostitución a causa de la miseria. Derecho a la madre a lo largo de la infancia, a su ojo vigilante, que la piedad vuelve sobrenatural, a su ímpetu de sacrificio que no ha sido equiparado ni por el celo de la mejor maestra. Cuando menos, si la madre debe trabajar, derecho a que el niño la tenga a su alcance por medio del trabajo en el hogar.



Creación por el Estado de las cooperativas que permiten adquirir la pequeña máquina manual y doméstica posible, dentro de muchas industrias. Formación por las llamadas clases dirigentes, de fuertes instituciones o ligas de mujeres que impongan al comercio la manufactura doméstica.

Y si ni aun esto fuera viable en nuestros países mal organizados que no quieren crear tradiciones nuevas por respeto a tradiciones perversas, derecho a que la madre trabaje fuera del hogar en faenas suaves que no hagan de ella antes de los treinta años la bestia cansada y triste cuyo tercer hijo ya no recibe una leche vigorosa.

Legislación que divida el trabajo por sexos, para evitar la brutalización de la mujer que estamos conociendo. Nuestra cultura está deshonorada con la incorporación de la mujer a las faenas inmundas y deformadoras que jamás conoció en las apodadas “épocas oscuras”.

“Derecho a la libertad, derecho que el niño tiene desde antes de nacer a las instituciones libres e igualitarias”. Los adultos que en nuestros países están en este momento alquilando con la riqueza nacional la independencia del territorio, y que a la vez aceptan y afianzan con cada día que pasa los regímenes de tiranía, comprometen, inconsciente o conscientemente, la suerte de los niños que vienen, del hijo propio como del ajeno, y van a entregar a la nueva generación una patria disminuida en el espíritu y con su honra menguada delante de los demás pueblos soberanos de sí mismos.



“Derecho del niño sudamericano a nacer bajo legislaciones decorosas”, que no hagan pesar sobre él durante toda su vida la culpa de sus padres, sino bajo códigos o profundamente cristianos o sencillamente sensatos, como los de Suecia, Noruega y Dinamarca, en que el Estado acepta al hijo de la madre desgraciada como un miembro más del cual espera, al igual que de los otros, cooperación y enriquecimiento. Así recibió Chile ni más ni menos que el don de su independencia de don Bernardo O’Higgins.

“Derecho a la enseñanza secundaria y a parte de la superior”, en forma semiautodidáctica, la que debe ser facilitada y provocada por el Estado, a fin de que la cultura del obrero y del campesino sean posibles. Con esto podría buscarse en las democracias que están en peligro el que el ciudadano dotado de criterio más rico mejore la calidad de sus representantes, salvando así el sistema de gobierno popular que comienza a envilecerse y a perder consideración en la América.



En Scarpa, R. E. Magisterio y niño.



BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

OBRAS DE GABRIELA MISTRAL

DESOLACIÓN. Editorial Instituto de las Españas, EE.UU. Nueva York, 1922.

Editorial del Pacífico, Santiago, Chile, 1954.

TERNURA. Editorial Saturnino Calleja, Madrid, España, 1924.

Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1995.

TALA. Editorial Sur, Buenos Aires, Argentina, 1938.

En: www.memoriachilena.cl

ANTOLOGÍA. Selección de la autora. Editorial Zig Zag, Santiago, Chile, 1946.

PEQUEÑA ANTOLOGÍA. Selección de la autora. Editorial Escuela Nacional de Artes Gráficas, Santiago, Chile, 1950.

LAGAR. Editorial del Pacífico, Santiago, Chile, 1954.

En: www.memoriachilena.cl

LAGAR II. DIBAM, Santiago, Chile, 1991.

En: www.memoriachilena.cl

CANTO A SAN FRANCISCO. Imprenta Dante, Chillán, Chile, 1957.

RECADOS CONTANDO A CHILE. Editorial del Pacífico, Santiago, Chile, 1957.

POEMA DE CHILE. Editorial Pomaire, Santiago, Chile, 1967.

En: www.memoriachilena.cl

ANTOLOGÍAS Y SELECCIONES TEMÁTICAS

Adriasola, Ximena y Urzúa, María (1963) *La mujer en la poesía chilena*. Editorial Nascimento, Santiago, Chile.

Arteche, M., Massone, J. A. y Scarpa, R. E. (1984) *Poesía chilena contemporánea*. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.

Bussche, Gastón von dem (1983) *Reino. Poesía dispersa e inédita en verso y prosa*. Ediciones Universitarias de Valparaíso, Chile.

Calderón, Alfonso (1970) *Antología de la poesía chilena contemporánea*. Editorial Universitaria, Santiago, Chile.

Calderón, Alfonso (1989) *Prosa de Gabriela Mistral. Selección y prólogo de A.C.* Editorial Universitaria, Santiago, Chile.

Díaz Plaja, Aurora (1994) *Gabriela Mistral para niños*. Ediciones de La Torre, Madrid, España.

Ibáñez Langlois, José Miguel (1975) *Poesía chilena e hispanoamericana actual*. Editorial Nascimento, Santiago, Chile.

Lefebvre, Alfredo (1945) *Poetas chilenos contemporáneos*. Editorial Zig Zag, Santiago, Chile.

Molina Núñez, Julio y Araya, Juan Agustín (1917) *Selva lírica*. Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Santiago, Chile.

Montes, Hugo (1956) *Antología de medio siglo*. Editorial del Pacífico, Santiago, Chile.

- Onís, Federico de (1934) Antología de la poesía española e hispanoamericana, Librería y Casa Editorial Hernando, Madrid, España.
- Pereira, Manuel y Sepúlveda, Fidel (1979) Cuentos chilenos para niños. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Pérez, Floridor (1993) Poesía y prosa. Editorial Pehuén, Santiago, Chile.
- Quezada, Jaime (1998) Antología de poesía y prosa de Gabriela Mistral. Ministerio de Educación, División de Extensión Cultural. Fondo de Cultura Económica, Santiago, Chile.
- Quezada, Jaime (2004) Gabriela Mistral. Poesías completas. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Quezada, Jaime (2004) Gabriela Mistral pensando a Chile: una tentativa contra lo imposible. Compilador J.Q. Cuadernos Bicentenario, Presidencia de la República, Santiago, Chile.
- Samatán, Marta (1969) Gabriela Mistral, campesina del valle de Elqui. Instituto Amigos del Libro Argentino, Buenos Aires, Argentina. En: www.memoriachilena.cl
- Scarpa, Roque Esteban (1969) Gabriela anda por el mundo. Selección de prosas y prólogo de R.E.S. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Scarpa, Roque Esteban (1978) Gabriela piensa en... Selección de prosas y prólogo de R.E.S. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.
- Scarpa, Roque Esteban (1979) Grandeza de los oficios. Selección de prosas y prólogo de R.E.S. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.

Scarpa, Roque Esteban (1979) Magisterio y niño. Selección de prosas y prólogo de R.E.S. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.

Scarpa, Roque Esteban (1979) Elogio de las cosas de la tierra. Selección y prólogo de R.E.S. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.

Undurraga, Antonio de (1958) Atlas de la poesía chilena. Editorial Nascimento, Santiago, Chile.

Vargas Saavedra, Luis (1978) Prosa religiosa de Gabriela Mistral. Introducción, recopilación y notas de L.V.S. Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile.

Zegers B., Pedro Pablo (1998) La tierra tiene la actitud de una mujer. Selección y prólogo de P.P.Z. Red Internacional del Libro, RIL, Sa

GABRIELA MISTRAL EN “EL COQUIMBO”, DIBAM,
www.memoriachilena.cl

GABRIELA MISTRAL EN “LA VOZ DE ELQUI”, DIBAM,
www.memoriachilena.cl

BIBLIOTECA NACIONAL - DIBAM. Gabriela Mistral a cien años de su nacimiento, 1889-1989. Exposición.
www.memoriachilena.cl

EL LIBRO DE LOS JUEGOS FLORALES.
www.memoriachilena.cl

SITIOS WEB Y DOCUMENTOS ELECTRÓNICOS:

www.dibam.cl/subdirec_museos/mgm_vicuna/home.asp

www.memoriachilena.cl

www.educarchile.cl

<http://consensociudadano.bcn.cl>

www.letras.s5.com/archivomistral.html

www.gabrielamistral.uchile.cl

www.letrasdechile.cl

www.cvc.cervantes.es/actcult/mistral/

www.educared.org.ar/guiadeletras/archivos/mistral_gabriela

www.escritores.cl

